

Alberto García Vieyra O. P.

EL PARAISO

o el problema de lo sobrenatural



www.traditio-op.org

ed. SAN JERONIMO
Santa Fe - Argentina
1980

Indice

1 — Introducción	7
2 — El Paraíso	11
3 — El Paraíso fue algo real e histórico	17
4 — El árbol en medio del Paraíso	25
5 — Arbol y Frutos de la Ciencia del Bien y del Mal	33
6 — La Ciencia del Bien y del Mal	45
7 — Después del Pecado	47
8 — La Justicia Original y su Pérdida	51
9 — Más sobre la naturaleza caída	55
10 — La Generación de los Hijos	61
11 — Después del Paraíso: Caín y Abel	65
Conclusiones	77

Bibliografía

VULGATA LATINA

SAN AGUSTIN

Génesis contra los maniqueos, ed. BAC.

Génesis a la Letra, ed. BAC.

SANTO TOMAS DE AQUINO

Suma Teológica, De Veritate y lugares anotados.

MARCOS M. SALES O.P.

Sacra Bibbia Commentata, vol. 1º Torino, 1918.

GARCIA CORDERO M.O.P.

El Pentateuco, ed. BAC., 1960, Madrid.

CEUPPENS P. F., O.P.

Quaestiones Selectae ex Historia Primaeva,
ed. 3ª Marietti, 1953.

A. BEA, S.J.

De Pentateucho, 1933, Roma.

MERCIER A.

Le Supernaturel dans les trois premiers chapitres de la
Genese. Revue Thomiste (16) 1908.

M. LABOURDETTE, O.P.

Le Peche Originel et les Origines de L'Homme,
Paris, 1953.

J. SALGUERO, O.P.

Pecado Original y Poligenismo, Guadalajara, 1971.

LEON DUFOUR

Vocabulario de Teología Bíblica, Herder, 1967.

GERHARD VON RAD

El Libro del Génesis, ed. esp. 1977. Salamanca

J. DANIELOU, Card.

Tipología Bíblica, Buenos Aires, 1966.

F. SPADAFORA

Diccionario Bíblico, 1959, ed. esp.

Siguiendo el magisterio de la Iglesia, hemos utilizado el sentido literal histórico de la Escritura, que es el primero y fundamental. Por otro lado, hemos procurado eludir toda interpretación arqueológica o simbolista, al margen de la Palabra Revelada.

Con licencia eclesiástica



Faint, illegible text visible in the upper right corner of the page.

Faint, illegible text visible in the upper middle section of the page.



EL PARAISO

o el problema de lo sobrenatural

1. — INTRODUCCION.

La explicación más plausible acerca del Paraíso terrenal es la de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino (1).

El paraíso es el lugar donde Adán y Eva cultivarían la vida sobrenatural de la gracia, como la Iglesia, en la Nueva Ley, es el lugar donde el cristiano cultiva su vida sobrenatural y divina. Por ese motivo hemos intitulado nuestro modesto trabajo: El Paraíso, y agregado: el problema de lo sobrenatural.

Hoy en día, con el avance de la secularización y el naturalismo filosófico, reaparece lo sobrenatural como problema. La reaparición de un problema siempre es índice de alguna pérdida. Las pérdidas son muchas, y se ha perdido algo muy importante: la sobrenaturalidad de la gracia santificante, el valor de la fe teologal y el valor de la misma Iglesia Católica, única y verdadera iglesia.

Ayer, no se discutía el carácter sobrenatural de la gracia; hoy se la desvirtúa, considerándola como algo propio de la naturaleza; los conceptos de gracia y naturaleza se consideran unívocos, y el todo entra en el ámbito de la secularidad y el naturalismo (2).

(1) San Agustín. Del Génesis a la letra. BAC, vol. XV, 1969, Madrid. Santo Tomás, en la primera parte de la Suma; texto citados en su lugar.

(2) Mencionemos un texto del Karl Rahner: la esencia del hombre es tal que se experimenta donde se experimenta la gracia, ya que ésta solo es experimentada, donde por naturaleza es espíritu" (escritos de Teología, IV, 338).

"La naturaleza como espíritu solo existe en el orden sobrenatural, y nunca puede aparecer el espíritu como "naturaleza pura" ib. p. 239 Si el espíritu humano (inteligencia, voluntad, mente), solo existe en el orden sobrenatural, debemos concluir al identidad de la naturaleza y la gracia, o sea un falso sobrenaturalismo, sin ninguna vigencia entre las cosas humanas.

Ya nos ocupamos de este asunto otra vez. Ahora queremos poner de relieve la distinción entre lo natural y sobrenatural, desde sus orígenes, en cuanto aparece en las Sagradas Escrituras en el ser creado y puesto por Dios en el paraíso.

Aclaremos. Adán y Eva fueron creados en el estado de justicia original. El hombre fuera del paraíso; la mujer en el mismo paraíso. Ambos debían cultivar en el paraíso el estado de gracia en que fueron creados.

Al cometer el pecado y quedar despojados de la gracia santificante, fueron expulsados del paraíso. Esto quiere decir que en el paraíso debieron cultivar la vida de la gracia. Al no cultivarle fueron expulsados, él y la mujer. Luego el paraíso tuvo por objeto el cultivo de la vida sobrenatural, como la Iglesia para el cristiano actual.

El cristiano actual también puede dedicarse a la obra del mundo, descuidar la Iglesia y su salvación.

La formación del paraíso aparece como un elemento más para convencernos de aquella verdad que corre por todas las obras de Santo Tomás sostenida por todos los concilios, y que es doctrina de la Iglesia, la distinción entre la naturaleza y la gracia; natural y sobrenatural; mundo e Iglesia.

La dignidad del texto sagrado obliga a considerarlo nó como un escrito profano, dependiente totalmente de la mentalidad del autor. Aquí existe un autor principal que es Dios. Dios ha querido revelar los orígenes del hombre como algo necesario para la salvación del mismo hombre. En ese sentido, la historia de la creación, es también historia de la salvación. El hombre debía conocer sus orígenes, el principio de todas las cosas, como há sido formado, porqué motivos cayó en el pecado, y en un pecado que arrastró en su caída a todo el género humano.

Es la historia más importante, lo histórico más esencial en el hombre que interesa y señala su naturaleza para siempre. La palabra para "siempre", connota tiempo, y significa todos los tiempos y proencauzarlas, el hombre debe tener en cuenta aquella historia primordial: la política, la economía, la pedagogía, todo lo que atañe al hombre y a las relaciones humanas, deben tener en cuenta a Dios como primer principio y último fin. Quiere decir que el hombre, los derechos humanos, las exigencias de la naturaleza, etc. no son nunca un absoluto, sino algo condicionado por la ley de la creación. La naturaleza humana tiende al bien, pero defecciona a menudo y cae en el pecado.

La suma de voluntades humanas no puede constituirse en criterio del bien moral. El hombre y los pueblos como tales, deben adaptarse al bien moral; para no defecionar en el camino del bien necesitan del auxilio de la gracia de Dios. Todo esto es esencial y primario en la vida individual y colectiva de los hombres. El crimen, los delitos de homicidio, sedición, secuestros y robos no comienzan con el manejo de la metralleta, sinó con olvido de la gracia divina, y la ampulosa declaración de los derechos humanos cae sin contemplar los derechos de Dios.

El relato de Dios Creador y de la creación debe ser objeto de una lectura adecuada; y la lectura es adecuada y útil cuando aquella palabra de Dios entra a regir todas las cosas del hombre. Si las instituciones humanas son secularistas y no obedecen a la ley de Dios, hemos hecho una lectura inútil y perversa de la palabra de Dios.

La creación, la caída, la redención, deben regir toda la vida de los hombres y de las instituciones humanas; todas las formas de vida civilizada deben ser abiertas a nuestra vocación sobrenatural. La autonomía del orden temporal no puede justificar los pecados contra la fe, ni en el hombre individual ni en las colectividades humanas.

Creemos suficiente lo dicho para destacar la importancia de nuestro asunto. Dios ha querido comunicarnos una verdad, un hecho y lo ha expresado con palabras al alcance del hombre. Debemos ante todo estudiar el significado de las palabras, o sea el sentido literal. El sentido literal es el sentido inmediato. León XIII aconseja no abandonar el sabio precepto de San Agustín: No apartarse en nada del sentido literal y obvio, a no ser que se tenga alguna razón que le impida ajustarse a él, o que imponga la necesidad de abandonarlo. Esta regla, agrega el mismo Pontífice, debe observarse con tanta más firmeza cuanto que existe el peligro de extraviarse". Providentissimus Deus, E.G.I. 498.

El origen del hombre está en la primera pareja humana, llamados Adán y Eva.

Los esfuerzos realizados para derribar esta verdad de la Escritura han naufragado siempre en el mar de las conjeturas que han intentado suplantarla.

Queremos apropiarnos desde el principio de la palabra de Dios; coger desde el principio un medio demostrativo que pueda descubrirnos panoramas de certidumbres, dentro de lo posible, y no excursionar con medios precarios y recoger posibilidades, opiniones y conjeturas.

Las ciencias físico-naturales son descriptivas. Pueden describirnos fósiles y hallazgos, más o menos interesantes; pueden encontrar rastros de inteligencia, pinturas, etc. y afirmar que por allí pasó un hombre. Pero otro es el problema del origen del hombre, su causa eficiente, y eso no puede resolverse ni por las osamentas encontradas, ni por los rastros de alguna actividad humana.

Una cosa es percatarse que allí hubo alguna actividad humana, y otra es saber el origen, la causa eficiente que ha dado lugar a la especie humana.

Fuera del ámbito de lo descriptivo, aunque fundada en realidades susceptibles de descripción, la Metafísica se eleva hasta la causa primera del ser, Dios creador y señor de todo lo creado, incluso del hombre y del ángel.

Pero la Metafísica no puede ir más allá. Para poder hablar de Adán y Eva, tenemos que acudir a la Revelación; lo mismo para hablar del paraíso, del pecado original, o de la promesa de redención. Estos son asuntos teológicos, que entran en el medio demostrativo de la teología, y pueden ser vistos a través de la palabra revelada por Dios. Cada ciencia tiene su medio demostrativo propio, que le despliega el abanico de sus propios problemas y no puede evadirse de él. Por ejemplo, el matemático conoce el triángulo y todos sus problemas por el medio demostrativo propio de las matemáticas; pero no puede saber si es blanco o negro, si es de mármol o de madera. Esto es de la física. Venga el ejemplo.

Por tanto, para plantearnos bien nuestro problema debemos acudir a la teología, o ciencia de la revelación.

2 - EL PARAISO

El epígrafe ya nos ofrece el sentido de lo que pretendemos tratar. No pretendemos un estudio meramente exegético de las perícopas sobre el Paraíso; queremos contemplar el Paraíso en el ámbito de la doctrina revelada. Nuestra pregunta es: ¿qué papel desempeña el Edén, en el seno de la Revelación Divina?

La relación entre el Paraíso y la vida sobrenatural del hombre, no puede aparecer sino mediante la Revelación Divina; la misma concepción del Paraíso como morada especial de la primera pareja humana resultaría inexplicable sin la Revelación. Sabemos de la creación; Dios es el Creador, la causa primera del ser del cual todo procede. Pero no podemos deducir de la creación la concepción de un Edén especial para morada del hombre. La formación del Paraíso sugiere otro orden de cosas, al margen de la creación y de la providencia general del Creador.

Es ese el motivo por el cual vemos, una íntima relación entre el Paraíso y la vida sobrenatural de Adán y Eva. La vida sobrenatural es por sí misma, gratuita. Es la gracia de Dios, las virtudes infusas, dones del Espíritu Santo. Gratuita por tratarse de perfecciones no exigidas por la misma estructura de la naturaleza humana, que perfeccionan la naturaleza del hombre y del ángel, elevándola a lo divino.

Lo nuestro es una simple lectura de los textos bíblicos que se refieren al Paraíso, ayudándonos para entender mejor a los santos doctores, San Agustín y Santo Tomás, intérpretes autorizados de la doctrina de la Iglesia. Hemos eludido una lectura puramente textual, por sus limitaciones a lo filológico o histórico. La lectura católica tiene en cuenta las intenciones de la Palabra de Dios. El proceso secularista ha entrado sobre todo, en teología y en exégesis; una hermenéutica naturalista ha sustituido el valor propio de la palabra de Dios. Eso lo podemos ver fácilmente en las anotaciones que acompañan el texto en muchas de nuestras Biblias católicas actuales. No mencionamos ninguna, dejando la puerta abierta a la sagacidad del lector.

Versículo inicial:

“Plantó Dios un jardín en Edén, al oriente, y allí puso al hombre a quién formara” — Gén. 2,3.

TRES COSAS ESTAN TERMINADAS: 1º) como declara el Autor Sagrado “fueron acabados los cielos y la tierra, y todo su ornato (o perfección) (1). — 2º) Formó el hombre del polvo de la tierra; creado a la imagen y semejanza de D'os, y — 3º) Dominio sobre todos los seres creados en el mundo.

Después de esto, plantó Dios el Paraíso para llevar allí al hombre a quien formara. Imposible determinar cuánto tiempo estaría el hombre fuera del Paraíso. Al ser creado en estado de justicia original, inmediatamente sería colocado en el Paraíso. Así lo sugiere Santo Tomás.

“El Paraíso era lugar apropiado para la vivienda humana dado el estado de incorruptibilidad. Este estado de incorruptibilidad no era connatural al hombre, sino sobrenatural. Fue creado fuera del Paraíso, para que los dones gratuitos no se atribuyeran a la naturaleza sino a la gracia” (S. Teol. I, 102,4).

Es por eso que el Paraíso aparece en la Escritura como el lugar de la santificación del hombre, en el estado de justicia original. Allí tendría los medios del crecimiento en la vida de la gracia.

En el hombre, desde su formación, creado a la imagen y semejanza de Dios, tenemos:

Perfecciones naturales: cuerpo, alma, inteligencia, voluntad, sensibilidad, hábitos o virtudes adquiridas, etc. Dependen de su naturaleza, y son perfecciones que le son debidas, integran su naturaleza humana.

Perfecciones sobrenaturales: o gratuitas; gracia santificante, virtudes infusas que tienen su fuente en el decreto divino de elevación del hombre al orden sobrenatural. Por estas perfecciones gratuitas, el hombre y el ángel alcanzan la visión beatífica

La vida cristiana en sí misma depende de estas perfecciones sobrenaturales, principalmente de las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad.

El problema es que el hombre debe cultivar su vida sobrenatural este debe ser de hoy, en el estado de naturaleza caída, y fue un deber de ayer, en el estado de justicia original. Hagamos el siguiente esquema:

(1) La Biblia de Nacar Colunga, traduce: “et omnis ornatus eorum de la Vulgata, por “todo su cortejo”; la frase resulta oscura. El contexto se refiere a que está acabada toda la perfección y ornato del universo.

HOMBRE (género humano)

posee su propia naturaleza humana

con sus perfecciones naturales — elevado al orden sobrenatural...
puesto en un ESTADO DETERMINADO, para cultivar aquella elevación o habilitación, para vivir un día en la Casa del Padre.

Estado de JUSTICIA ORIGINAL en el PARAISO, donde Adán y Eva debían cultivar la gracia propia del estado de justicia original.

Estado de NATURALEZA CAIDA en la IGLESIA, donde el hombre debe cultivar la vida de la gracia propia de su estado, que le viene por la pasión y muerte del Salvador.

Existe un paralelismo entre el Paraíso y la Iglesia; y podríamos añadir un triple paralelismo:

Paraíso — Tierra Prometida — Iglesia

Podemos centrar el problema de la vida sobrenatural del hombre en la narración bíblica del paraíso, revelación divina.

El paraíso es el lugar de la vida sobrenatural en el estado de justicia original, el primer estado del hombre sobre la tierra. El paraíso terrestre aparece en las circunstancias excepcionales en que Dios coloca a su primera creatura humana después de la creación. Lo primero que tenemos sobre el hombre, es que Dios lo forma del limo de la tierra, y lo coloca en aquel lugar, especial para Adán.

Formación del hombre y colocación en el paraíso, nos sugiere dos momentos capitales en la vida del hombre: uno su creación, el otro su elevación al orden sobrenatural. Tales momentos no significan una distinción de tiempos, sino más bien de naturaleza. Quiere decirnos que, la elevación al orden sobrenatural, el estar adornado de dones gratuitos, no es algo que corresponda a la estructura del ser como tal, sino que depende de la benevolencia divina, que quiso en sus creaturas aquellos dones. Es por eso que en el hombre creado por Dios hablamos no solamente de su inteligencia, voluntad, libertad, etc., sino de la gracia santificante, los dones y virtudes que la acompañan.

Adán entra en el paraíso terrenal con tales riquezas de su estado primitivo; debe cultivar sin dolor ni fatiga el Edén; debe vivir su vida como hombre, y como creatura privilegiada, promover aquella vida interior que le llevaría sin tropiezos a la claridad de la gloria.

La caída del hombre en el pecado, no colocó a éste en el estado definitivo, en el que la caída colocó a los ángeles rebeldes. La puesta en el paraíso, el estado de justicia original, la caída en el pecado y expulsión del paraíso, son los primeros pasos del hombre por la His-

toria, que le determinan y señalan para siempre. Las categorías de gozo y de dolor, de triunfos y derrotas, de paz y de guerra, están señaladas por estos momentos iniciales; el hombre siempre pasará por ellos.

Adán y Eva debían cultivar en el paraíso su vida sobrenatural, preservándola del mal por la obediencia del Creador. En el día de hoy, aquéllo sobrenatural, la gracia y virtudes, debemos cultivarlas en la Iglesia, también por la obediencia, esta vez, a la ley evangélica. La ley evangélica es la ley de salvación de los hombres, dada por el mismo Creador, a raíz de la pasión y muerte de su hijo Jesucristo.

Así la Iglesia es la depositaria de lo sobrenatural, como otrora lo fuera el paraíso terrenal, o la tierra prometida en la antigua ley.

En el día de hoy la concepción de lo sobrenatural se ha eclipsado en amplios sectores, pero dejemos esto para después.

El concepto de la tierra prometida que mana leche y miel, obedece también a una concepción topográfica, de lugar, para habitación del pueblo elegido. El Señor mantiene este concepto al hablar de Reino. El Reino de Dios, en verdad, no es solamente un concepto topográfico, sino que pasa a las personas miembros del reino, y sobre las cuales existe una jurisdicción. Este concepto de territorio determinado se mantiene mucho tiempo, aún entre los Apóstoles, que lo abandonan solamente en la gran iluminación de Pentecostés.

Así tenemos: el paraíso, la tierra prometida, la Iglesia, en admirable sucesión según los diversos estados históricos del hombre: la Iglesia es para el estado de naturaleza caída y reparada por Jesucristo.

Este triple paralelismo es común en la tradición de la Iglesia; lo mismo que el paralelo y analogía entre el árbol en medio del Paraíso y el árbol de la Cruz.

ETIMOLOGIA

Paraíso viene del latín *paradisus*; griego: *Paradeisos*, empleado en la versión de los LXX. Significa jardín; la palabra parece provenir de los jardines reales persas: *para deiza*.

También el hebreo emplea: *gen*, *gen-Eden* lugar delicioso. *Eden* significa también lugar, un lugar placentero; San Jerónimo traduce al latín por: *hortus voluptatum*: huerto de felicidad, de placeres.

Paraíso tiene un doble sentido: huerto y placer. El paraíso es por consiguiente un lugar topográfico, y un lugar de felicidad, con todos los elementos para el placer, la felicidad del hombre.

El mismo sentido mantienen otros textos de la Escritura: “Le arrojó Yavé Dios del jardín del Edén a labrar la tierra de que había sido formado” Gén. 3,23. En Ezequiel: “Habítabas en el Edén en el jardín de Dios” (28,13). Paraíso tiene un sentido topográfico, de lugar y un sentido sicológico de felicidad. La etimología no dá para más. No es que haya versiones distintas del Paraíso, sino que se menciona el lugar, y su finalidad, la felicidad de Adán; concepto este último que merece precisarse. En Isaías, se anuncia un nuevo paraíso, que sugiere algo del antiguo: “El nuevo paraíso será Sion; Yavé tornará su desierto en vergel, su soledad en Paraíso donde habrá gozo y alegría” 51,3.

OPINIONES

San Agustín enumera tres: unos lo entienden en sentido material; otros lo entienden en sentido espiritual alegórico:.....; y por fin la sentencia de aquellos que lo toman en ambos sentidos; añade: “confieso que me agrada la tercera (del Gén. a la Letra, c.8).

Esto tiene explicación: en la Escritura una palabra puede tener varios sentidos. Así, dice el mismo Agustín, Adán, significa, como dijo el Apóstol, el tipo del hombre que debía venir (Rom. 5,14); Cristo, sería el nuevo Adán. Aquí, Adán, el primer hombre real es tomado como tipo del nuevo Adán, que vendría después.

Así también, Paraíso significa el lugar o un lugar geográfico, y el estado de felicidad de nuestros primeros padres, en ese lugar, y agreguemos, como la felicidad del cristiano está en la Iglesia.

Entre los autores recientes:

Spadafora Diccionario Bíblico, habla de la historicidad del Paraíso: “No puede menos de admitirse como histórico el hecho de la primitiva felicidad de los primeros padres, elevados al estado sobrenatural representado en la familiaridad con Dios”.

Para León Dufour (Voc. Teol. Bíblica): “El paraíso es un huerto semejante a los huertos de los dioses del medio oriente. No agrega nada más ni hay nada sobrenatural”.

Entre los exégetas prevalece un concepto naturalista del Paraíso, (von Rad, El Libro del Génesis, ed. esp. 1977; García Cordero, El Pentateuco, y otros).

Von Rad en *El Libro del Génesis* (ed. esp. 1977) aborda el tema del paraíso: "En el oriente antiguo estaba extendido por doquier el cultivo de huertos de frutales; a los parques los hacían los grandes reyes" p. 93.

La narración va encaminada a decirnos que la perícopa del génesis no hace más que repetir algo que se hacía siempre, por los motivos obvios de cualquier hortelano. Es el tipo de un relato ocasional, lo cual no se compadece bien con las trascendencia de un relato inspirado, que quiere referirse a algo concreto en el hombre.

No es un mero relato histórico, de historia profana; el Autor no le dá la trascendencia debida. La puesta del hombre en el paraíso, la pérdida del estado de justicia original, su expulsión y la promesa del Redentor, todo esto es demasiado importante para ponerlo en el marco de un relato ocasional. El autor continúa discutiendo sobre si Edén es nombre propio de un país, o si tiene alguna otra relación histórica-geográfica concreta. No obstante, afirma con buen sentido, que no puede tomarse "paraíso" en sentido mítico, sino en el sentido de una donación nacida del gracioso cuidado que Dios tiene con su creatura" p. 93.

La exégesis de todos los tiempos debe interpretar los textos inspirados en el sentido de la Revelación, si no lo hace va al fracaso.

Otro autor, H. Renckens: *Creación. Paraíso y Pecado Original*, (1969, Madrid), sigue los mismos criterios del anterior. Dice así:

"El Génesis por tanto no conoce distinción entre la naturaleza y gracia... El Paraíso añade solamente un nuevo privilegio, un maravilloso estado de dicha natural" p. 191. Poco más adelante: "es una ficción geográfica" p. 193. Otros autores mencionados por el P. Ceuppens, O.P. mencionan el jardín, el paraíso, la felicidad, pero sin mayores explicaciones (*Quaestiones Selectae ex Historia Primaeva*, p. 103)

Como se vé, existe una gran desorientación en la explicación de estas perícopas. Y la desorientación aumenta cuando abandonamos la exégesis tradicional para dar una interpretación puramente filológica o histórica. La tendencia hacia el naturalismo, que nos ha llevado en diversos campos a concepciones secularistas, humanistas, prescindentes de lo sobrenatural, también ha entrado en exégesis y teología bíblica. Tratándose de pasajes revelados, no podemos prescindir de la Revelación.

Edén, *paradeisos*, *locus voluptatis* (hebreo, griego y latín) significan: lugar; ocupar un sitio en la tierra; y un lugar de felicidad. Por eso San Jerónimo, tradujo al latín el griego: *paradeisos*, y el hebreo: Edén, por la expresión: *locus* (lugar); sin determinación a dónde estaba ese lugar; y *voluptatis*: de felicidad, placer, lugar placentero, sin ulterior determinación.

3 - EL PARAISO fué algo real e Histórico

Su formación por la mano de Dios se explica por la elevación del hombre al orden sobrenatural.

Es lo que vamos a probar. No es una narración simbólica; el texto debe tomarse en sentido literal, que es el primer sentido bíblico. No podemos reducir todo el Paraíso a un puro simbolismo, sin comprometer gravemente la veracidad del estado de justicia original y la caída en el pecado.

a) SAN AGUSTIN se disculpa de haber explicado alguna vez (contra los maniqueos) el Génesis, en sentido alegórico (1). Aquí en Génesis a la Letra, lo entiende en sentido literal:

“No se me oculta que muchos dijeron no pocas cosas del paraíso; sin embargo a tres se reducen las sentencias generales sobre él: Uno, la de aquellos que sólo quieren se entienda el paraíso de un modo material; otra, la de lo que únicamente lo entienden en sentido espiritual; por fin la tercera, la de aquellos que toman el paraíso en ambos sentidos, unas veces en sentido material y otras en sentido espiritual. Yo lo diré brevemente, que me agrada la tercera. . . . Así como el mismo Adán, aunque significa otra cosa conforme a lo que dijo el Apóstol, que es figura del futuro (Cristo), no obstante se toma por el hombre en su naturaleza propia. . . así también el paraíso en que Dios colocó al hombre debe entenderse sólo como un lugar, es decir, como la tierra donde habitaba el hombre terreno”. (2)

“Le admiro —dice más adelante San Agustín— como creen que el hombre fue hecho como lo fue, cuando nunca lo vieron, y no obstante no quieren entender el paraíso en sentido literal, es decir, como un lugar amenísimo, sombreado por árboles frutales, y al mismo tiempo que amplio, fertilizado por una inmensa fuente. . . etc.”.

(1) San Agustín. Génesis contra los Maniqueos II, c. IX, 12; pg. 359, ed BAC.

(2) id. Del Génesis a la Letra, c. Io. pgs. 766, 768.

Así, el Obispo de Hipona corrige su primera sentencia según la cual, la felicidad del hombre estaba “prefigurada en el nombre de paraíso”. Al formar el hombre, agraciarlo con los dones sobrenaturales, Dios lo coloca en el lugar donde puede cultivar aquellos dones; tenía todo el mundo bajo su dominio para cultivar las fuerzas espirituales y físicas de su naturaleza humana; pero solamente en el paraíso, podría cultivar aquellos dones gratuitos más preciosos, como el hombre actual debe cultivarlos en la Iglesia.

Es algo real que el hombre debe santificarse en la tierra, y que debe emplear para su culto y santificación, los frutos y cosas de la naturaleza. Es el plan de la Providencia, y no nos debe extrañar. La naturaleza misma provee hoy, y debía proveer entonces, de los medios de santificación; el agua, el pan, el vino, aceite, etc. De modo que todo lo que podemos comprender bajo la denominación de paraíso, no solamente el lugar, sino todos los elementos integrantes, debemos considerarlos como reales y positivos medios, en orden a la vida espiritual de nuestros primeros padres.

Fue real la santidad inicial de Adán; también, realidad que debía merecer la bienaventuranza utilizando los medios que allí tenía a mano.

b) SANTO TOMAS. En orden cronológico primero es el Obispo de Hipona; ahora llegamos a la doctrina más elaborada del Angélico.

Santo Tomás se ocupa del Paraíso en el Comentario a las Sentencias de Lombardo, y en la Suma Teológica, después de describir el estado de justicia original.

En el Comentario a las Sentencias, reprueba la opinión de Orígenes, quien por el alegorismo propio de la escuela alejandrina, asigna a la narración del paraíso un sentido espiritual. Danielou, ve las fuentes de la exégesis alejandrina en el judío Filón:

“Orígenes desarrolla la creación del hombre a la manera de Filón” (1). El Angélico se apoya en el SENTIDO LITERAL: “De donde hay que conceder que el Paraíso es algún lugar geográfico (licum aliquem corporalem) en alguna parte determinada de la tierra; lugar ameno, templado para el hombre, sin impedir ninguna perturbación, quietamente gozara de las delicias espirituales” (II Sent. d.17, q.3, a.2). Después de asegurar que es un lugar geográfico, pasa revista a algunos intentos de localización, rechazándolos a todos. Pero lo cierto es que se trata de un lugar.

En la Suma Teológica el Paraíso ocupa una cuestión. Primero, pregunta si el Paraíso ocupa un lugar geográfico. Responde Santo Tomás QUE LA ESCRITURA en lo que cuenta del Paraíso, lo hace co-

(1) Juan Danielou Card. Tipología Bíblica, p. 88, Buenos Aires, 1968.

mo narración HISTORICA; luego debe admitirse una verdad histórica fundamental, a la que se pueden añadir comentarios espirituales” (S. Teol. q. 120, a. 1). Vuelve inmediatamente sobre cuestiones de localización; los datos bíblicos en esta materia NO ADMITEN UNA DETERMINACION DE LUGAR, aunque son suficientes para concretar que OCUPABA UN LUGAR DETERMINADO. Esto puede deducirse de las respuestas a las objeciones.

“El paraíso es un lugar conveniente para vivienda humana, en el primer estado de inmortalidad” (S. Teol. q. 102, a. 2).

Cualquier lugar de la tierra podía ser morada de Adán, como puede serlo para todo ser humano. El Paraíso es puesto como lugar apto, dadas las condiciones de incorruptabilidad e inmortalidad. Tales condiciones en el primer hombre no eran connaturales al cuerpo, sino por una virtud infundida en el alma, que preservaba al cuerpo de la corrupción.

Una argumentación falaz y casuística pretendía que el Paraíso no era lugar ni para el alma ni para el cuerpo. EL ANGÉLICO CONTESTA que estando allí la VIRTUD QUE PRESERVABA de la corrupción, era lugar apto para el hombre, tanto en lo que respecta a la vida del alma, como la del cuerpo (2).

Aquí se trataba del Paraíso: lugar y lugar apto por más de un motivo. Ya Santo Tomás ha tratado del estado de inmortalidad y de impassibilidad del primer hombre. Una y otra condición necesitaba del Paraíso; pertenecían a la vida sobrenatural de Adán; y Adán encontraba los medios para su existencia inmortal e impassible en el Paraíso: “El cuerpo no era incorruptible por virtud propia, sino por una fuerza SOBRENATURAL, IMPRESA EN EL ALMA, QUE PRESERVABA EL CUERPO DE CORRUPCIÓN, mientras estuviera unida a Dios” (S. Teol. I, 97,1). Santo Tomás distingue cuidadosamente en el primer hombre algo que estaba confundido en Bayo, y que cierta teología actual también comparte: la distinción entre lo natural y sobrenatural.

El hombre dice, no fue creado en el Paraíso; la incorruptibilidad no era connatural al hombre sino sobrenatural, dada por Dios. Y agrega como motivo principal:

“Para que no se atribuyese a la naturaleza sino a la gracia de Dios, el hombre fue creado fuera del Paraíso, y después fue puesto en él durante todo el tiempo de su vida terrena; de allí sería trasladado al cielo”. Esto lo dice explicando aquello “Tomó Dios al hombre y la puso en el Paraíso” (S. Teol. I, 102,4).

(2) “Era un lugar conveniente al hombre en lo que respecta al alma y a su cuerpo, pues en aquella estaba la virtud de la incorrupción corporal” ST. I, 102, 2 ad 2m

La tradición cristiana tiene el Paraíso como un LUGAR GEOGRAFICO. Así según San Agustín y Santo Tomás.

El Paraíso en que Dios colocó al hombre debe entenderse como un lugar, es decir, como "la tierra donde habitada el hombre terreno". La interpretación simbolista, agreguemos nosotros, tendría cabida sino fuera factible la inteligencia de todo el contexto en sentido litera¹; además, si no fuera tampoco posible la existencia real de un lugar en tales condiciones. Pero repetimos, HABIENDO VINCULADO la Providencia la santidad y cultivo de la virtud interior a LUGARES DE CULTO, y a LOS FRUTOS DE LA TIERRA, no vemos por qué razón deba ser interpretado el Paraíso como mero simbolismo.

"Nos eligió Dios antes de la constitución del mundo, para que fuéramos santos e inmaculados ante El... y nos predestinó en caridad conforme al beneplácito de su voluntad" (Ef. I, 4-5).

El hombre, el primer hombre ante todo, fue llamado por Dios a este fin sobrenatural, que no puede ser alcanzado si no es por la gracia de Dios y en la Iglesia. Adán debía alcanzarlo, por la gracia de Dios y en el Paraíso.

Comprobamos entre la Iglesia y el Paraíso, una continuidad orgánica, no forzada ni artificiosa. La vocación del cristiano a la vida sobrenatural, sigue a la vocación de Adán, y su caída en el pecado. Jesucristo es el gran Reparador, el Nuevo Adán que viene a restaurar el Reino de Dios en el Mundo.

c) "Hizo brotar Dios en él, de la tierra toda clase de árboles hermosos a la vista y sabrosos al paladar. Y en medio del jardín, el árbol de la vida, y el árbol de la ciencia del bien y del mal; salía del Edén un río que regaba el jardín..." etc. (vv. 9-10). El río se divide después en cuatro brazos: Pisón, Guijón, Tigris y Eufrates.

Trátase de la felicidad sobrenatural del hombre, o sea a la bienaventuranza, el cultivo de su vida interior, de unión con el Señor.

No podemos pensar que el Rey de la Creación, creado a la imagen y semejanza de Dios, a a quién se dijo: domine los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y bestias de la tierra, FUERA INFELIZ en el mundo. AQUI SE TRATA DE OTRO TIPO DE FELICIDAD, a la que el hombre es llamado después de su creación; es la que llamamos más propiamente: la bienaventuranza, la santidad. El Paraíso no es el cielo, donde se goza de la vista de Dios; pero es un lugar para cultivar la vida sobrenatural de la gracia.

Creemos que es ese el sentido del Paraíso, el porqué de la descripción que aparece en el Génesis y que no es de ningún modo algo simbólico o fruto de la imaginación oriental.

Fundado en la Humani Generis y otros documentos, el P. Luis Arnaldich recalca la historicidad de estos pasajes (1): "Afirmar o negar en bloque la historicidad de estos capítulos sería un error. Antes de acudir a este procedimiento científico y expeditivo es necesario examinar en cada caso si el relato cuyo estudio acometemos es o nó histórico, ya sea en su núcleo central, ya sea en sus pormenores".

Esto es cierto. Pero en nuestro relato el autor encuentra: que los versículos se refieren a un contexto histórico; después que es una narración religiosa y popular; pero poniendo el acento en lo religioso-popular, la realidad histórica, que le puede servir de base, queda desdibujada y vacía. Otros autores hablan del intento del autor sagrado de "realzar el estado de felicidad".

Teniendo firme que se trata de un contexto histórico y revelado por Dios, podemos preguntarnos:

d) **POR QUÉ DIOS APARECE FORMANDO el Paraíso**, después de la historia de la creación en general y de la creación del hombre en particular.

En el primer capítulo trae el autor inspirado, la formación del hombre al promediar el último día de la creación; el hombre es hecho a la imágen y semejanza de Dios, Señor de todo lo Creado. En el capítulo siguiente, insiste sobre la formación del hombre, y **LE PONE en el Paraíso**. ¿Por qué motivo el Paraíso aparece fuera del contexto general de la creación? Es nuestra pregunta. Si se tratara de un hombre que desmonta un campo, para hacer un huerto o un jardín, no habría dificultad ninguna. Pero Dios es la Causa Primera del ser, inteligencia y voluntad perfectísima, no puede concebirse que intervenga de nuevo, introduciendo modificaciones en su creación primera.

A esta pregunta respondemos:

Dios interviene **AD EXTRA** en la creación, sacando las cosas de la nada; por su providencia rige las cosas creadas hacia sus fines propios; hemos visto el proceso de la distinción y perfección de lo creado:

"Y vió Dios ser muy bueno cuanto nabía hecho, y hubo tarde y mañana, día sexto" Gén. 1,31.

De modo que **EN EL ORDEN DE LA PROVIDENCIA GENERAL**, en la categoría de las cosas creadas, ordenadas hacia sus fines naturales y propios, ya está todo hecho.

(1) Luis Arnaldich O.F.M. El Origen del mundo y del hombre según la Biblia pg. 220.

Ahora bien; en lo que se refiere a las creaturas intelectuales: ángeles y hombres, hay otra cosa: es la promoción de las creaturas al orden sobrenatural, no puede identificarse con la promoción al ser, al existir. Refiriéndose a estos dos órdenes u ordenamientos distintos, dice Santo Tomás: "Pero las creaturas están ordenadas por Dios a un doble fin" (S. Teol. I, 23,1).

El uno es el ORDEN NATURAL, con sus finalidades naturales, proporcionado a la naturaleza creada; el otro, desproporcionado por exceso con la capacidad de la naturaleza creada, y este fin es LA VIDA ETERNA, que consiste en la visión de Dios. (ib.).

DE MODO QUE SI DIOS quiso promover al primer padre del género humano, al orden de vida sobrenatural, para llevarlo después a la visión beatífica, PUSO EN EL MUNDO LOS MEDIOS DE CULTIVAR aquella vida sobrenatural. Por lo menos, es conforme a la magnificencia divina QUE ADAN tuviera los medios de conservarse en el estado de gracia, y progresar en la unión con Dios. Estos medios estarían en aquél lugar privilegiado, el Paraíso, y formarían parte de aquél. Esto nos lo sugiere la formación del Paraíso, después de la creación. Creémosla una razón suficientemente explicativa, y más a tono con el contexto inspirado.

Igualmente puede arguirse, según hemos sugerido al principio.

El Paraíso aparece como un lugar especial, hermoso, para la felicidad del hombre. Es el lugar en su sentido más propio y cabal. EL GOZO es el placer del espíritu, de la parte superior del alma, fundado en la verdad de bienes permanentes. En el estado de justicia original, con toda su mente en Dios, elevada por la gracia, el Paraíso introducía a nuestro primer padre, EN UN GOZO INIMAGINABLE Y PERFECTO. Toda la creación, como hemos dicho, sería maravillosa. El hombre, el animal, la naturaleza toda, sería lujuriente y perfecta en aquellas primeras edades, en que todo salía de la mano de Dios. Pero el gozo supremo del hombre, el gozo del Espíritu Santo, es algo propio y especial, correspondiente al estado de gracia. Cuando el ángel dice a la Virgen: "¡Alégrate, llena de gracias!" menciona la alegría de los santos, que sigue a la posesión de la santidad.

El Paraíso, "lugar de felicidad para Adán", quiere decir que Dios puso a disposición del primer padre, todos los bienes divinos, que el hombre es capaz de recibir. Digamos que debía vivir como un preludio de la bienaventuranza eterna.

Aquí también hay algo que nos exige la dignidad de la divina Palabra. Si nos habla de un lugar de felicidad en que Adán es puesto, es natural que ese concepto de felicidad, de beatitud, TIENE QUE SER bíblico, teológico; no puede tomarse en un sentido vulgar. Adán no es llevado al Paraíso para llevar una vida muelle; es puesto allí para san-

tificarse; sin esfuerzo penoso de su parte, pero para cultivar aquella vida sobrenatural que se le otorgaba gratuitamente. Así en Adán una plenitud de vida incomparable; unía en sí mismo el placer de la tierra y el gozo del espíritu; la vida sobrenatural era un paso por regiones de luz; el misterio de la noche del sentido, y la más misteriosa noche del espíritu estaban en regiones remotas y para él desconocidas, y que los hombres, en busca del Paraíso, transitarían después.

d) La Voluntad divina.

La voluntad de Dios no puede haber tenido por objeto dar al primer hombre una morada. El Paraíso no puede tener por objeto ser la residencia del hombre. El rey de la creación estaba perfectamente dotado para subsistir en el mundo. Por otra parte, Dios había creado al hombre con perfecta capacidad para rodearse de condiciones de vida. La Causa primera, que ha dotado a las causas segundas de posibilidades de acción, no interfiere a la operación de las mismas. La inteligencia y voluntad de Adán eran suficientes para proveerse de casa y alimentos. Luego, la creación del Paraíso como morada del primer hombre no se justifica.

Entonces tenemos: No se explica la formación del Paraíso después de la creación; tampoco se explica como lugar especial para la felicidad del hombre; menos aún como morada para el primer hombre. Todas estas preguntas requieren una respuesta. No podemos responder a todos los problemas con que se trata de “una narración popular y religiosa”. Una última pregunta podemos hilvanar: ¿Por qué motivos, siendo Adán libre y rey de la creación, Dios le pone en el Paraíso? Adán podía fijar su residencia en cualquier parte; era libre; sin embargo, Dios le pone en el Paraíso.

RESPONDEMOS: En ese lugar y con esos medios debían Adán y Eva cultivar su vida sobrenatural.

Cuando los autores católicos acuden para explicarse algunos hechos a la narración popular y religiosa, lo hacen seriamente para explicar en una línea filológica lo que no puede ser explicado más que por la Revelación. Ellos siempre mantienen abierta la línea filológica, para incluir los aportes de la Palabra de Dios. Es un camino indirecto válido, pero más claro es el camino directo que la Iglesia ha tenido: dar al sentido literal todo lo que puede dar. Es el criterio que adoptamos: primero el sentido literal y la explicación de la tradición católica acerca del mismo; salvo, cuando evidentemente hay que pensar otra cosa.

4 - El Árbol en medio del PARAISO

Los árboles aparecen a menudo en la Sagrada Escritura. Es justo es comparado al árbol “plantado junto a la corriente de las aguas, que a su tiempo, dá su fruto, y cuyas hojas no se marchitan (S. 1º).

“En medio de la calle a un lado y otro del río había un árbol de vida que daba doce frutos, cada fruto en su mes, y las hojas del árbol eran saludables para las naciones” Apoc. 22,2).

En el primer caso el árbol significa el hombre, y la vida bienaventurada en el hombre, que es por sí misma, fecunda. En el segundo caso, está significando el principio de aquella fecundidad, que viene de lo alto; por eso los frutos y las hojas del árbol de la vida son saludables para las naciones.

Así nos aproximamos al árbol en medio del paraíso. Primero es un árbol; segundo, está plantado en un lugar excepcional: en medio del paraíso. Significa que es excepcional también para el hombre. Ocupa el centro del Paraíso, y Dios se ha reservado disponer de sus frutos; que sin duda estaban destinados al hombre, pues no cabe pensar en frutos inútiles.

Para descubrir el misterio de este árbol, debemos recurrir a la doctrina de la Iglesia; ver que enseña al respecto la tradición.

Es común en la tradición de la Iglesia, contemplar el paralelismo entre la caída en el pecado y la reparación de la culpa. Es igualmente común estudiar el papel de Cristo y de María en contraposición con el de Adán y Eva. Otro paralelo menos común pero no menos real, es contraponer el árbol de la cruz al árbol del paraíso.

“En medio del paraíso, —dice San Ambrosio— estaba la vida, y también la causa de la muerte. Acercándose al medio del paraíso, el hombre iría a la vida, se acogería a la vida, recibiría la promesa y el sello de la inmortalidad” (ML 14,303).

El árbol en medio del paraíso, desempeña según la Iglesia, un papel semejante, aunque de signo contrario, al árbol de la cruz: Hugo de San Victor expone este paralelismo, con las siguientes palabras:

“Tres son los árboles de la vida. El primero es el árbol aquel, material, que produjo el señor de la tierra en el principio, cuando lo plantara en medio del paraíso. Segundo, es Nuestro Señor Jesucristo, que según la humanidad asumida en medio de su Iglesia, es como árbol de vida plantada en medio del paraíso. Tercero, es el árbol de vida, plantado en aquel invisible paraíso, la sabiduría de Dios, cuyo fruto es alimento de los ángeles” (De Tribus Lignis vitae, ML 176, 644)

La Sagrada Liturgia, en las Lecturas, contemp'a la analogía existente entre el árbol en medio del paraíso y el árbol de la cruz. Así en una homilía (s. II):

“Este árbol es para mí la salvación eterna, de él me alimento; de él vivo” (Hom. Miércoles de Semana Santa).

“Dormí en la cruz, y la lanza atravesó mi costado por tí, que en el paraíso dormiste, y de tu costado diste origen a Eva... mi sueño te saca del sueño del Ab^lsmo”.

Más adelante añade: “Te prohibí que comieras del árbol de la vida, que no era sino imagen del verdadero árbol; yo soy el verdadero árbol; yo que soy la vida, que estoy unido a tí”. (Hom. del Sábado Santo).

Desde los primeros instantes de vida de la Iglesia se ha visto la contraposición entre el árbol del paraíso y el árbol de la cruz.

A través de esta contraposición corre el misterio, el orden de la sabiduría y providencia del Señor. No vamos a discutir la importancia de la cruz para la salvación y bienaventuranza del hombre. Del mismo orden podemos imaginar la importancia del árbol del paraíso. Lo primero para el estado de naturaleza caída en el pecado, lo otro para una naturaleza creada en el estado privilegiado del inocencia, o sea de justicia original. Podemos determinar el valor del árbol del paraíso: lo que la cruz es para el cristiano, lo fue el árbol en medio del paraíso en el estado de justicia original. El paralelo entre la cruz del Salvador y nuestro árbol es fecundo en enseñanzas.

Tanto el misterio del árbol de la cruz, como el árbol del paraíso terminan en la sabiduría. Tenemos que examinar en qué sentido la sabiduría es designada como término, y su relación con el concepto de vida.

Eva se dispone a coger el fruto del árbol, deseable para alcanzar la sabiduría; lo tenemos en génesis 3,6. Difícilmente podemos unir al concepto de sabiduría la comida de un fruto; sin embargo es así.

En Prov. (3,18) la sabiduría es árbol de vida, para quien la abraza; quien la consigue es bienaventurado. El fruto del justo es árbol de vida, y el sabio roba los corazones (Prov. XI, 30); en Job: el temor de Dios es sabiduría; el retraerse de mal es inteligencia (28, 28); Ba-

rué menciona la sabiduría: ¡oh Israel! abandonaste la fuente de la sabiduría (3, 12); abandonar la fuente de la sabiduría es alejarse de Dios.

El deseo bíblico del árbol de la vida es deseo de contemplación; la contemplación, la visión de Dios es su fruto perfecto. La vida que proviene del árbol es un incremento de la sabiduría, vale decir de la contemplación, de la visión.

En el Apocalipsis tenemos un texto, que puede compendiar lo dicho:

“Dice el Señor: yo soy el Alfa y el Omega el principio y el fin; Bienaventurados los que lavan sus túnicas en la sangre del Cordero, para tener derecho al árbol de la vida, y entrar por las puertas que dan acceso a la ciudad” Apoc. 22, 13-14).

Los que lavan sus túnicas en la penitencia, o sea la sangre del Cordero, van al árbol de la vida legítimamente, y allí tienen acceso a la ciudad; a la “ciudad santa Jerusa'em que descendía del cielo de parte de Dios, que tenía la gloria de Dios (Apoc. 21, 10).

Es todo un misterio de dolor y de vida. El hombre está llamado a la contemplación de la divina esencia; su último fin será la visión de la Santísima Trinidad si no ha renunciado en su existencia a la gloria del Padre. La búsqueda de la sabiduría que apetecía desordenadamente Eva, era para encontrar esa visión. La visión fue encontrada por el hombre; no quedará definitivamente privado de aquélla:

“Esta es la vida eterna, que te conozcan a Tí Dios verdadero, y a quien enviaste Jesucristo” (Juan XVII 3). Quiere decir que Jesús vino para traer el mensaje de la sabiduría, siendo El mismo esa sabiduría, la Sabiduría del Padre, entregada al hombre desde el árbol de la cruz.

Los contextos diversos señalan una ecuación: la sabiduría es a la vida, como la carencia de sabiduría es a la muerte.

La vida del ser intelectual, incorruptible por naturaleza, se alimenta de la contemplación. La muerte del ser intelectual, incorruptible, se nutre de la carencia de visión. La carencia de visión es el mayor castigo para el hombre. La pérdida de la inteligencia de lo real; la pérdida de la fe; la pérdida definitiva de la visión beatífica o sea la pena de daño en el infierno es el máximo castigo. Todo esto es la muerte del ser intelectual. La definición de la muerte no es la aniquilación; es la carencia de la visión, de un ser que estaba, por la gracia, proyectado hacia la visión inconmensurable y plena de la Divinidad.

‘ La vida, en su último sentido teologal y perfecto, es poseer aquello para lo cual el hombre o el ángel fueron hechos según el plan de Dios. Dios ordenó la vida del hombre, como lo había creado, a la visión divina. No llegar a aquéllo, es propiamente la muerte.

Cuando hablamos de árbol de la vida; la vida eterna conocimiento de Dios; la sabiduría árbol de la vida, o fruto del árbol de la vida, todo estos nos significa, en última instancia, la visión divina en el cielo, y la contemplación mística en la tierra; pórtico de aquella visión. Aristóteles también escribió en el frontispicio de la Metafísica sin imaginar nada de más allá; Todos los hombres desean naturalmente saber (Mt. I, 1). Tal fue el deseo de Eva, más allá de la prudencia, requerida por el demonio. Ese deseo iba a ser legítimo, en la hora señalada por Dios.

En el ser intelectual, inmaterial, espiritual, el concepto de contemplación, de sabiduría entra en el concepto de vida. Hay una ósmosis perfecta entre vida, sabiduría y amor. El ser inmaterial, como el alma humana y el ángel, viven, ejercen su operación de vida, en el contemplar y en el amar; en el más alto objeto de contemplación y de amor que es el mismo Dios, que liberalmente se entrega a los que le buscan y aman. Dice San Juan en un texto muchas veces mencionado:

“Carísimos: somos hijos de Dios, aunque no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que cuando aparezca seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es” (I Juan, 3, 2).

Aquí tenemos lo siguiente: 1º. Seremos semejantes a El, cuando aparezca; 2º. Dios debe entonces aparecer a la mirada de la inteligencia humana; 3º. Al aparecer lo veremos tal cual es;

4º. Aparecer a la mirada de la inteligencia, es saber, sabiduría; 5º. La posesión de la sabiduría es ver a Dios.

El deseo de Eva parece justificado en cuanto al objeto; pero injustificado en cuanto al modo y oportunidad.

La pena de muerte con que el Señor castiga a sus criaturas no es la aniquilación como podría sugerirlo la misma palabra muerte. La desaparición de la vida en sentido teológico va unida a la carencia de contemplación y de visión. Muerte no es el exterminio del alma (de suyo inmortal), sino la ceguera del alma, impedida de la visión de Dios.

Es por este impedimento, por esta carencia de visión, que la muerte es castigo del pecado.

ARBOL y ARBOLES

Pregúntanse los escrituristas si son dos árboles o si es uno solamente. Tenemos mencionados: el árbol de la vida, y el árbol de la ciencia del bien y del mal.

“Hizo brotar Yavé Dios en él de la tierra toda clase de árboles hermosos a la vista y sabrosos al paladar, y en medio del paraíso, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal” (gén. 2,9).

En este contexto se habla de dos árboles distintos. En otros versículos, Adán ya ha comido del árbol de la ciencia, y Dios parece decir: No vaya a tender su mano al árbol de la vida (gén. 3, 22).

La mujer, en su diálogo con el demonio, menciona solamente: el fruto del que está en medio del paraíso... etc. (gén. 3, 3). No especifica si allí había uno o dos árboles distintos.

Algunos autores sostienen que son dos árboles. De esta opinión se mencionan Hummelauer, Bea, etc. Otros autores opinan que se trata de un solo árbol; el nombre de árbol de la vida parece aludir a la inmortalidad, que confería por sus frutos el segundo es una definición por anticipación literaria, conforme al papel que va a representar en la caída (ef. García Cordero O.P. Pentateuco, pgs. 7-77 ed. FAC).

Es difícil dar una solución definitiva a este problema; no es tampoco de gran importancia, y depende totalmente de los datos de la Revelación.

Lo real, y que debemos tener es que estaban vinculados a la vida sobrenatural de Adán y de Eva en el paraíso. Sus frutos destinados a promover la vida espiritual en aquel estado de justicia original. Lo que podemos asegurar es que fueron árboles reales. El Obispo de Hipona, dice lo siguiente:

“No se nos obligue a tomarlos en sentido alegórico, como si no hubiesen existido. Así como Sara y Agar significan los dos testamentos, en sentido alegórico, y fueron mujeres reales, así también los dos árboles fueron reales aunque puedan significar la sabiduría o la vida eterna”. Del Gén. a la Letra 1.8, cap. s; ed. BAC, pg. 955).

Los autores católicos que hablan de alegoría no quieren decir que haya falsedad o mentira. Quieren decir solamente, que en la tal alegoría, hay una “cosa significada” que se la representa con aquel signo, que ya no es inteligible como signo, pero que para el autor inspirado sí era inteligible. Por eso a la cosa significada la reducen al contenido dogmático. Nosotros no creemos necesario llegar a ese concepto de alegoría, y creemos los árboles reales. Veremos las razones.

El árbol de la vida, que es el que más figura en los textos fuera del Génesis estaba vinculado a la inmortalidad.

El ARBOL DE LA VIDA es un árbol verdadero, llamado así porque sus frutos tenían la virtud de conservar la vida (I, 102, 1 ad. 4m).

Quiere decir que estaba relacionado con el don de la inmortalidad. En otro texto Santo Tomás explica que causaba la inmortalidad, pero reparando las fuerzas vitales del hombre... *sednon simpliciter* (I. 97, 4).

La fuerza activa de la especie, dice, es en el principio tan fuerte que no sólo puede convertir el alimento en sustancia animal, y reparar las pérdidas sino también producir el crecimiento. Después, el alimento no basta más que para restaurar los deterioros; en la vejez ni para esto sirve, hasta que llega la disolución del cuerpo.

CONTRA ESTA DEFECCION de las fuerzas vitales, y su paulatina extinción, era el FRUTO del ARBOL DE LA VIDA. Tenía la virtud de penetrar profundamente, y corroborar las energías vitales del hombre, contra la debilitación causada, agrega Tomás, de la ingerencia de cuerpos extraños que se introducen como alimento. Por ese motivo afirma San Agustín, que afianzaba el cuerpo del hombre del hombre en una permanente salud” (de Gén. ad. Lit. 1.8, Cap. 6; p. 961).

El MOTIVO que explica la presencia del árbol de la vida es preservar de la corrupción, hasta que consiguiera la plenitud de vida espiritual en que sería llevado al cielo.

El árbol de la vida —dice Santo Tomás— no era la principal causa de la inmortalidad, sino auxiliar en orden a continuar la vida según un modo preestablecido. De donde la inmortalidad no debe ser juzgada natural, por la fuerza del árbol de la vida, sino por una fuerza (preternatural) dada con poder sobre la naturaleza; “*ex eliquo divino munere gratis collato*”; quiere decir que en el fruto del árbol de la vida recibía Adán, o RECIBIRIA, una gracia, en orden a corroborar su inmortalidad. Con todo la inmortalidad del estado de inocencia, y la gracia que la corrobora, no sería igual a la del estado de la gloria; en este último estado las propiedades del alma redundarían en el cuerpo, y sería ágil, lúcido, espiritual e impasible (ib. a,5).

También en el III LIBRO de las Sentencias alude Santo Tomás al árbol de la vida, y dice que el árbol de la vida no podría dar por sí mismo la inmortalidad: *non poterat immortalitatem conferre principaliter*”, sino quitar los factores extraños de los cuales pudiera seguirse la corrupción (ib. d 16, 1, 3 ad. 5m).

En estos textos hemos reunido lo principal que el Angélico nos dice sobre el fruto del árbol de la vida. La incorrupción, la inmortalidad, *ex gratia*, por la gratia, no por la naturaleza. Por otro lado el árbol está en el Paraíso, lo cual nos indica un motivo religioso. La

comida de esos frutos, y sus efectos santificantes, debían estar ligados a una liturgia especial de alabanza y de acción de gracias. No es concebible que fuera de otra manera; el deber religioso del hombre tiene su principal fuente de inspiración en los beneficios del Creador.

En cuanto al fruto mismo saquemos en conclusión que no era simplemente un fruto alimenticio como otro cualquiera. A la comida del fruto estaba ligada la colación de un don divino dado por Dios, en el orden sobrenatural.

A propósito dice S. AGUSTIN:

“No quiso Dios que el hombre viviera en el Paraíso sin misterios (notemos la palabra misterios); esto es sin cosas espirituales representadas por cosas materiales. Tenía, pues, el hombre su alimento en los demás árboles; en aquel de la vida también un sacramento; porque al igual que Cristo es piedra que mana agua para los sedientos, este árbol representa la sabiduría de la cual se dijo: es árbol de vida para los que le abrazan”. (De ad. lit. VIII, 4; p. 957; BAC).

Evidentemente San Agustín, como Santo Tomás, considera el fruto como algo vinculado a la vida espiritual del hombre dentro del estado de inocencia. Esto no nos puede causar gran sorpresa, cuando en la Nueva Ley tenemos el agua, el aceite, el trigo, la vid, vinculados también a la colación de la gracia sacramental. Si Dios ha empleado aquí y ahora en la Nueva Ley, los frutos de la tierra para la colación de sus gracias, nada de extraño que hubiera hecho algo semejante en el estado de inocencia.

Santo Tomás dice que en el estado de inocencia NO HABIA SACRAMENTOS propiamente dichos. La razón es porque no hacían falta. Sin embargo hemos visto en los textos arriba mencionados que él vincula la comida del fruto del árbol de la vida a efectos de tipo sacramental, como es la colación de la gracia. Quizás los frutos eran como sacramentales, como es el agua bendita por ejemplo. San Agustín insiste en lo mismo: la palabra sacramento, tiene además fuera de su sentido estricto, un sentido lato de misterio; en De Civitate Dei, dice refiriéndose siempre al árbol de la vida;

“Como los demás frutos fueron alimentos, éste sacramento” (I. XIII, 20). Los textos que hemos mencionado aluden tanto al don espiritual, al efecto de la inmortalidad, como a la sabiduría. Ya mencionamos al principio los del libro de los Proverbios y el Apocalipsis. Otro de Hugo de San Victor. Ahora mencionaremos otro de San Agustín donde hace mención de la sabiduría:

“Que la sabiduría hubiese podido estar representada por el árbol en el Paraíso corporal, es decir por una criatura corporal, viniendo a ser como un sacramento, solamente no cree, o el que no ve como en

las Sagradas Escrituras existen tantas cosas materiales que son sacramentos de cosas espirituales, o el que combate que no debió vivir con sacramento alguno de esta clase (De Gén. ad. lit. VIII, c. 5., p. 959; BAC).

De Adán lapso dice el mismo San Agustín: que debió separarse del árbol de la vida... porque encerraba el sacramento visible de la sabiduría invisible” (De Gén. ad. lit. 1.40, 1174; BAC).

5 - El Arbol y los Frutos de la Ciencia del Bien y del Mal

“Tomó Dios al hombre, y le puso en el jardín de Edén para que lo cultivase y guardase, y le dió este mandato: De todos los árboles del Paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas; el día que de él comieras ciertamente moriréis” (Gén. II, 15-17).

En el contexto siguiente, Dios trae ante Adán, los animales todos del campo y las aves del cielo, para que Adán les diera nombre, y en cierto modo tomara posesión de todos ellos. En un contexto anterior (Gén. I, 26), ya Adán es colocado por Dios en la cima de la creación corpórea, como señor de todas las cosas creadas.

Viene después la creación de la mujer, que sale misteriosamente de Adán, en el mismo paraíso. Todo esto precede a la caída, a la escena que se desarrolla junto al árbol de la Ciencia del Bien y del Mal.

Nos haremos algunas preguntas y aclaraciones previas; 2º la Tentación; 3º la ciencia del bien y del mal.

PREGUNTAS Y ACLARACIONES:

Primero puede preguntarse por su colocación: en medio del Paraíso. Esto significa que el árbol tenía una importancia excepcional. Al ser el Paraíso un lugar consagrado, con todos los elementos para la vida sobrenatural del hombre, el árbol en medio del Paraíso, debía encerrar algo fundamental y definitivo para la misma vida sobrenatural de Adán. En la Iglesia, el lugar fundamental es sin duda el Tabernáculo, donde está el Santísimo Sacramento. El árbol del Paraíso, debía ser algo análogo.

Otra pregunta es la siguiente: ¿Por qué motivo si Dios dá a Adán el dominio y señorío sobre toda la creación para su uso, y pone a su disposición todos los ganados, hierbas y árboles en el Paraíso y fuera de él; por qué se le prohíbe usar de los frutos de este árbol privilegiado.

La pregunta es válida porque Dios no puede desdecirse y dar una contraorden.

Respondemos que lo relativo al uso de los frutos de los árboles del Paraíso, ya no pertenece al orden general de la Providencia, sino al orden de la elevación de la criatura al orden sobrenatural, entra en la esfera de la predestinación de Adán. Dios establece para el hombre, en cuanto elevado un nuevo fin y una nueva disposición de los medios para alcanzar ese fin. Es lo más plausible.

LA ORDEN de no comer del fruto no podía SER MAS QUE temporal; dada la situación eminente del árbol, y por tratarse de frutos, quiere decir en un momento fijado por Dios, el hombre podría apropiarse de ellos. Todo estaría en relación con lo que podría decirse, la evolución espiritual del mismo Adán.

La mujer, es formada en el mismo Paraíso. No recibe directamente la orden de no comer, sino por su marido, Adán.

Estas aclaraciones, son conjeturas, meras conjeturas presuponen sin embargo, que el contexto es revelado por Dios, escrito por inspiración divina. El texto del Génesis, ni es libro científico en el sentido actual, ni es tampoco una burda historia de beduinos. Algunos exégetas actuales se inclinan por esto último.

LA TENTACION (Gén. 3:1-7)

Moisés, el autor del Génesis, después de describir a la primera pareja en el Paraíso, introduce a la serpiente: "la más astuta de cuantas bestias del campo hiciera Dios" (Gen. 3:1).

La serpiente, es el demonio. En el Apocalipsis se menciona: "La antigua serpiente, llamada Diablo y Satanás, que extravía a toda la redondez de la tierra (XII, 9). En la primera Carta de Pedro, se dice "que el Diablo anda dando vueltas como león rugiente, buscando a quién devorar" (v.8). Santiago Apóstol en su carta también nos exhorta a estar sujetos a Dios y resistir al demonio (y.4).

Aquí tenemos la primera aparición del demonio, permitiéndolo Dios, para probar a su criatura humana.

La aparición del demonio significa que los ángeles ya estaban creados; presupone consumada la rebelión de los mismos y el triunfo de San Miguel, como se narra en el contexto del capítulo 12 del Apocalipsis.

Vamos a decir algo acerca de la tentación sufrida por Eva de parte del demonio. Tenemos dos cosas: la aparición del demonio, y la tentación, o sea el pecado sugerido, provocado y consumado por la primera mujer.

Acerca de lo primero, o sea del demonio, en todo tratado teológico sobre los ángeles tenemos sobre aquéllos llamados también espíritus impuros. Santo Tomás habla de ellos en la Suma Teológica principalmente (Ia. p.cc. 63-64). Como es de imaginar se ha pensado de todo acerca de los demonios: desde que no existen hasta quienes hacen profesión de satanismo, como ocurre en sectas espiritistas y de la francmasonería. José Carducci, compuso un himno a Satanás. La existencia del demonio está perfectamente documentada en el Antiguo y Nuevo Testamento, lo mismo que en las definiciones de la Iglesia. No vamos a ocuparnos aquí de señalar los documentos. El demonio es propiamente un ángel; vale decir un ser incorpóreo, espiritual, creado igualmente como todos los ángeles, que actualmente gozan de Dios, la visión bienaventurada. El demonio es el ángel caído; rebelde contra Dios y precipitado en el infierno:

“¿Cómo caíste del cielo Lucifer, hijo de la aurora?... Tú que decías en tu corazón: subiré a los cielos; en lo alto sobre las estrellas de Dios, elevaré mi trono; me instalaré en el monte santo... subiré sobre las cumbres de las nubes y seré igual al Altísimo” (Is. XIV, 12-14)

Otro texto igualmente característico es Ezequiel (28,2 y sigs.)

En todo nuestro contexto aparece el diablo, a quien debemos resistir (Santiago IV,7: “Someteos a Dios y resistid al diablo, y huirá de vosotros”).

En cuanto a la tentación, dice el Angélico Doctor:

“El diablo no es causa suficiente y directa del pecado sino en cuanto que persuade a obrar, o en cuanto que propone el objeto apetecible” (ST I-II, 80,1). De modo que no puede violentar la voluntad humana; puede, sin embargo, ofrecer algo como apetecible, y es lo que le ocurrió a Eva. El ángel es una criatura superior al hombre; aún en el pecado, mantiene intacta su naturaleza espiritual o incorpórea. Debemos pensar en una gran superioridad sobre Eva y las criaturas humanas. Eva debió luchar con la obediencia, y la sujeción al mandato divino. En verdad, son los mismos elementos con los cuales debemos luchar nosotros.

El tentador aparece en el Paraíso con ánimo de sugerir y conducir a la muerte “Por la envidia del Diablo, entró la muerte al mundo” (Sap. II, 24). El diablo aunque no pueda ser causa directa del pecado puede instigar, seducir; es causa ocasional del mismo. Así se presenta en el relato.

AQUI EL DEMONIO SE VA A ENFRENTAR CON EVA

La tentación a EVA, NO ERA FACIL, como no era fácil a su marido Adán. Eva gozaba de todas las prerrogativas del estado de justicia original. Quiere decir que en Eva la razón estaba perfectamente sujeta a Dios, y las pasiones sujetas a la razón; y no solamente las pasiones, sino todo lo corporal perfectamente sujeto a las fuerzas del alma. No había en Eva ninguna concupiscencia carnal, por la cual pudieran sublevarse contra la razón (c.g. I, 95; a. 1-4). Eva había sido creada en gracia como Adán, sin embargo podía merecer, por la gracia (a. 1 ad 4m).

Para el demonio no era un problema fácil tentar a Eva y engañarla. Eva, por su estado, no podía creer una mentira simple y burda. Adán y Eva conocían a Dios con un conocimiento más elevado que el nuestro; su contemplación de las cosas divinas, aún en la fe, era muy elevado (cf. S. T. I. 94, I). SANTO TOMAS trae un artículo en que se pregunta si el hombre en su primer estado pudo ser engañado, y la respuesta es negativa (ib. a 4). Esto es verdad y ya veremos como el demonio no dice a Eva ninguna mentira grosera; la seduce y la precipita con verdades a medias y con verdades que ella misma conocería; una gran mentira total.

Fue éste un problema que ya había preocupado a San Agustín:

“No se ha de pensar que el Tentador hubiese podido derribar al hombre, a no ser que anteriormente hubiera tenido asiento en el alma del hombre cierta oculta soberbia, para que por la humillación del pecado, aprendiera cuán falsamente presumió de sí mismo” (Del Génesis a la Letra, XI, 6).

El diablo aborda a la primera mujer con una pregunta: “¿Conque os ha mandado Dios que no comáis de los árboles todos del paraíso?” (Génesis 3,1).

El diablo no hace ninguna afirmación; formula una pregunta, quiere una respuesta, y quiere ver qué acento tiene la respuesta.

La contestación de Eva es LITERALMENTE irreprochable: “del fruto de los árboles del paraíso comemos, pero del fruto del que está en medio del paraíso nos ha dicho Dios no comáis, ni lo toquéis siquiera, no vayáis a morir” (v.v. 2-3).

El diálogo con el demonio sería más largo. Nadie podrá decirnos si en estas palabras de Eva no existía ya un cierto pesar del mandato divino, una cierta vana presunción de sí misma, que le hicieron perder los auxilios actuales que hubiera necesitado.

Dentro del estado mismo de la justicia original, Eva ensaya una problemática comunicación con el enemigo de Dios.

“Si alguno viene a vosotros y no lleva esta doctrina, no le recibáis en casa, ni lo saludéis, pues el que saluda, comunica en sus malas obras” (II Ioan. 10).

Prosigue Eva el diálogo, que no es por cierto diálogo de salvación (Ecclesiam Suam), ya que ni el demonio podía tener intención de salvar a Eva, ni la mujer al demonio. El'a comunica amistosamente con quien posee y vive la ciencia del bien y del mal; el hombre debía rehuir del mal.

Pero un diálogo sobre la muerte y el fruto de la vida, lleno de tantos misterios interesa vivamente a la curiosidad de la mujer, que pierde por eso mismo las gracias actuales que la hubieran alejado del pecado. Eva no tenía experiencia de la muerte, pues habla de ella con el demonio, como de un castigo de Dios; habría visto también algún animal sin vida. Del mal también tendría noticia, por la revelación del mismo Dios, o el ministerio de los ángeles, ya que el árbol en cuestión le'eva ese nombre. Adán y Eva tuvieron sin duda un conocimiento teórico del mal, en general, como de una posibilidad remota, detestable y absurda.

Fácilmente sin embargo pudieron ver la relación de la muerte con el mal. Siendo Dios el autor de la vida, la vida es un bien que crece y se agiganta en la unión con Dios. A la vida racional (de Adán y Eva) Dios había otorgado la singular prerrogativa de crecer y agigantarse por la gracia, en la unión con Dios. Entonces la separación de Dios es conjuntamente el mal y la muerte. La muerte como castigo, es la pérdida de la vida en la feliz unión con Dios, y la caída en el mal irreparable.

El castigo de la muerte aparece reservado en la Biblia como castigo de la profanación de lo sagrado.

“¡No moriréis!” afirma el demonio. Inmediatamente al verse escuchado por Eva, pone el acento en las virtudes del fruto y pone en tela de juicio la veracidad del creador: “Sabe Dios que el día que de él comáis se abrirán vuestros ojos, seréis como Dios (o seréis como dioses), conocedores del bien y del mal” (v.3).

Eva sabe que el diablo le ha dicho otras tres verdades parciales: “abrirse los ojos, seréis como dioses, y conocedores del bien y del mal”. Son tres verdades parciales, semejantes a la primera, ordenadas a un pésimo fin práctico, la exaltación desordenada del hombre, la desestimación de la Palabra Divina y la desobediencia final.

El demonio es el padre de la mentira (Juan, 8,44); y esto es cierto, porque al final de cuentas todo fue una inmensa mentira; pero según

vamos viendo, el demonio jamás dice a Eva una cosa absurda; la engaña y ya seduce con aparentes verdades, muy semejantes al procedimiento que utiliza en estos últimos tiempos.

Quitado a Eva el temor de Dios, el que sería un extenso diálogo y consintiendo en la infidelidad, por poner en tela de juicio la Palabra del Creador, ya el diablo ha ganado la partida: el mandato divino palidece, y suben al primer plano las perspectivas que le abren las palabras de su versado interlocutor.

Para Eva la muerte sería un misterio insoslayable, difícil de concebir, conocía perfectamente su alma inmortal, su participación en los bienes divinos, la incorruptibilidad de su cuerpo; tenía que resultar casi imposible pensar en la muerte.

Por otra parte, no podría pensar en aniquilación, porque Dios creador no aniquila a sus creaturas. La muerte se le presentaba como castigo; quizás entendía, un castigo relacionado con la pérdida de la visión de Dios.

El demonio pudo darle a la muerte el sentido de aniquilación, y entonces fácilmente entendió que Dios no decretaría semejante cosa. El fruto estaba allí, y era un fruto de vida. En el centro del paraíso Dios no podía haber puesto un fruto de muerte. Esto era verdad, pero el hombre sí pudo llevar la muerte-castigo en la profanación y en la desobediencia.

Lo que sabemos de esto es poca cosa. Los datos bíblicos son escuetos y no dicen más que lo necesario, para que entendamos nuestros orígenes. No sabemos lo que pasó por el corazón de la primera mujer; lo que ha llegado hasta nosotros es que pasó el fruto a su marido, y que ambos cayeron en la tentación del ángel.

“¡No moriréis!” dijo el demonio—. Pudo haberle explicado o hecho notar a Eva que el alma inmaterial es incorruptible; que la materia es también incorruptible, por ser el sujeto que se supone en toda generación y corrupción. Por otra parte el poder y la bondad de Dios se manifiestan más claramente en el hecho de conservar las cosas en el ser. Santo Tomás opina que se puede afirmar categóricamente que nada absolutamente se aniquilará (ST I, 104,4).

Nada podemos agregar a la palabra de Dios; debemos limitarnos a lo que el contexto nos refiere. Pero podemos conjeturar sobre el alcance de la tentación y dada la gran capacidad intelectual de nuestros primeros padres, podemos algo conjeturar sobre el camino de la tentación diabólica. Fue una verdadera tentación-diálogo, entre interlocutores reales, en el ámbito real del paraíso.

Eva no podía tener otras perspectivas de vida humana mejor que la bienaventuranza definitiva. Nosotros hablamos a menudo de mejo-

rar nuestras condiciones de vida; Eva lo tenía todo, fuera de lo que podría depender del desarrollo de los hábitos prácticos o sea de una técnica aún no evolucionada. Sin embargo, dada la perfección de su naturaleza, en aquel estado sobre todo, Eva desearía ardientemente la contemplación divina, la posesión de aquellos bienes que encerraban los frutos del árbol de la ciencia del bien y del mal.

El demonio explota ese deseo que era y es connatural al hombre viador, pero lo empuja por caminos fuera de la Providencia.

Así como a Cristo le prometió en el desierto los reinos de la tierra, a nuestros primeros padres promete los reinos de la gloria. Al Hombre que supone caído le promete lo que puede ambicionar; al hombre en estado de justicia original le promete todo lo opuesto, que sabe puede ambicionar.

La fe es el principio de la justificación; Eva al dialogar con el diablo comienza a perder el principio de justificación.

“¡No moriréis!” dice el demonio. Habiendo palidecido el mandato divino, Eva comenzaría a pensar que en el Paraíso no podría existir la muerte. En el Paraíso todo era vida, saber, contemplación divina y poder sobre los elementos del mundo. Vemos actualmente que cuando la fe se extingue, palidece la concepción del infierno; cuando la concepción de la Iglesia se borra, reaparece un falso optimismo humanista, que cree en el hombre desmesuradamente, y olvida la mortificación cristiana. Eva piensa en lo que hoy diríamos, la promoción de los valores humanos.

SE ABRIRAN VUESTROS OJOS es la segunda verdad que le dice el demonio. Hemos dicho que en ningún momento le dice nada falso.

Si trata del árbol de la ciencia, es evidente que la comida de sus frutos será una promoción del saber. Por lo menos, podemos pensar en eso.

Adán y Eva por el estado de justicia original, gozaban de la contemplación divina en alto grado. En nosotros, hombres caídos, tiene prestigio, pero poco o nada influye en nuestra actividad práctica. Para Adán y Eva, la contemplación, era prácticamente y de hecho el suma bien.

¡SEREIS COMO DIOS! Es la tercera verdad que Satanás dice a la mujer. Fue decirles la verdad. La gracia es participación física y analógica de la naturaleza divina. Adán y Eva poseían ya el don divino; por el fruto del árbol crecerían sin duda en la posesión de otros dones vinculados al estado de justicia original que ellos aún desconocían. Esto no es una gratuita conjetura; es una conjetura, pero no es gratuita; todo el Paraíso está vinculado a la economía de la vida sobrenatural en aquél estado primitivo.

La vida sobrenatural, aún en la fe y en estado de viadores, es una vida divina; "dii estis et filii Excelsi omnes" (S. 81,6). Adán y Eva conocían perfectamente todo el valor del estado de gracia.

¡SEREIS COMO DIOSES! ES NOTABLE QUE NI EVA NI ADAN se extrañaran de las palabras de la serpiente. Aunque no podemos pretender que el sagrado texto reproduzca todo el diálogo, sin embargo, no aparece ningún signo de admiración en Eva ante tal aseveración de la serpiente. La Santísima Virgen sí, se admira y piensa en el saludo de Angel (Lc. 1,28); Eva, en cambio, lo encuentra lo más natural del mundo.

NO ES probable —pensamos nosotros— que Adán, excepcionalmente dotado, creyera al demonio sin un motivo serio; Eva lo mismo. Ni el hombre ni la mujer podían ser engañados con una mentira. AMBOS SABIAN QUE ERAN CREATURAS de Dios; percibían muy bien más que ningún ser humano posterior, la distancia infinita entre el Creador y la creatura. EVA NO PODÍA pensar que ELLA TENIA O PODIA RECIBIR DONES DIVINOS, si ello no le hubiera sido revelado por parte de Dios. Eva estaba al tanto de los misterios del orden de la naturaleza, como de muchos del orden de la gracia. El demonio no les dice algo completamente insólito y desconocido; por ese motivo Eva no se admira y presta fe a lo que el diablo le dice.

PARTIMOS de la base del CONOCIMIENTO PERFECTO DE ADAN de todas las cosas naturales; la ciencia, en el estado de justicia original, daría a ambos, un discernimiento perfecto de la verdad del error. Lo más claro para Adán y Eva era su condición de seres creados y dependientes en todo de Dios. No podían ser engañados con una mentira torpe.

En cuanto al don de la gracia, conocerían el don de la justicia original dado a ellos; podían conocer por revelación la creación de los ángeles; sobre si Eva supo o no que quién le hablaba por la serpiente era el demonio, no hay ningún indicio para determinarlo. Los ángeles y el diablo sí conocían bien el valor de la gracia, y su ordenación a la visión beatífica. El diablo conocía experimentalmente el infierno; la desobediencia, la soberbia y la aversión definitiva del Creador; conocía también el valor de lo que había perdido. Por envidia —como dice la Sabiduría— se esforzó por entrar la muerte en el mundo del hombre (II, 24). Toma la forma de una creatura inferior, porque el camino de la aversión a Dios es para el hombre, la creatura inferior.

Resta que veamos qué es la ciencia del bien y del mal. ¿Qué podía significar la ciencia del bien y del mal para nuestros primeros padres, en el estado de justicia original?.

6 - La Ciencia del Bien y del Mal

...Conocedores de la ciencia del bien y del mal, es la última verdad que le dice a nuestros primeros padres, el padre de la mentira, para sugerir la conclusión "prudencial" más imprudente que han visto los siglos.

Que el fruto no causaba directamente la muerte, era la primera verdad; la segunda que se les abrirían los ojos; la tercera que serían divinizados; la cuarta y última, que iban a recibir un don de conocimientos místicos muy elevados, quizá relacionado con la visión beatífica (ciencia del bien), y relacionado con el infierno (ciencia del mal).

Todas estas cosas eran ciertas, pero debían venir y acaecer en el orden dispuesto por el mismo Dios. El demonio saca partido de estas verdades para precipitar a Eva y su marido en la profanación de lo sagrado y la desobediencia al Creador.

Se han preguntado siempre los autores sobre que significa la ciencia del bien y del mal. La respuesta debe darse a tono con el estado de justicia original, y la ciencia que el mismo Adán conjuntamente con su mujer, poseían. Algunos autores no católicos o más o menos divorciados con la fe católica, no tienen en cuenta estas cosas.

EL PODER DE DISTINGUIR LO UTIL DE LO NOCIVO (J. Welhausen, A. Loisy). El P. Ceuppens, **DESCARTA FACILMENTE** esta opinión, por que el hombre creado por Dios a su imagen y semejanza, puesto como rey de la Creación, debía poseer la facultad de distinguir lo útil de lo nocivo, que poseen hasta los animales (cf. Q.S. ex H.P. 109). Igualmente descarta otra opinión según la cual el fruto en cuestión **SERIA PARA PASAR DE LA INFANCIA A LA MADUREZ. ADAN EVIDENTEMENTE**, pone nombre a todos los animales, y el mismo precepto de no tocar el fruto con consecuencias tan graves, significa un estado de plena madurez intelectual. La gravedad del precepto, sin más ya indica que Adán y Eva distinguían perfectamente el bien y el mal morales. Si no hubiera conocido esta distinción, no hubieran pecado.

Rechaza también el P. Ceuppens la opinión del P. DUBARLE A. M. (Les Sages de Israel, lectio divina, I, 1946, 17-19), según la cual la expresión: "ciencia del bien y del mal" es equívoca y ambigua; pues no podían querer ser como Dios, si ya habían sido creados a la imagen de Dios".

La expresión "ciencia del bien y del mal", no es ambigua sino que es análoga donde caben diversos analogados; hay que ver a cuál de ellos se refiere. Lo mismo cuando se trata de la similitud con Dios. Aunque la semejanza de Dios sea lícita se vuelve ilícita contra la disposición y orden de la Providencia.

J. Coppens, (La connaissance du bien et du mal et le péché du Paradis, Lovaina, 1948, 153 pgs.). Propone una INTERPRETACION SEXUAL. Existe sobre esto un trabajo de Salvador Muñoz Iglesias Estudios Bíblicos (1949) La Ciencia del Bien y del Mal y el Pecado del Paraíso (p. 443-463). La fruta sería un símbolo para expresar el pecado.

Nosotros decimos que tal interpretación es absurda, y fundada en un simbolismo demasiado arbitrario. Hay que buscar una interpretación más en relación con el contexto de la Revelación.

LA CIENCIA DEL BIEN Y DEL MAL es un fenómeno del orden del conocimiento. Esto tiene que ser un punto fijo de partida. En el contexto Eva ve que era "hermoso a la vista y deseable PARA ALCANZAR POR EL LA SABIDURIA" (Gen. 3,6). Eva sabe que la comida del árbol está unida a UNA PROMOCION en la ESFERA DE LA CONTEMPLACION para ella y su marido. En el estado de justicia original, en la perfección de su naturaleza, es natural que eva apeteciera un don de orden contemplativo.

Resulta paradójal que personas inteligentes como son los autores mencionados reduzcan la ciencia del bien y del mal a lo nocivo y lo útil, o a un asunto sexual. Lo sexual entra todo en el orden fisiológico, y no tenía ningún problema para Adán o para Eva.

LA CIENCIA DEL BIEN Y DEL MAL ES UN SABER, UNA ILUMINACION DIVINA, que Adán recibiría en el momento indicado por Dios, comiendo el fruto. No una adquisición de ciencia natural infusa, sino un saber divino, por revelación.

LA FE ES UN SABER; tiene por objeto la revelación formal. LA INTELIGENCIA DE LA REVELACION crece por la acción de los dones del Espíritu Santo. La inteligencia de la Fe que tenemos nosotros es mucho menor que la que tuvo Santo Domingo, o la que tuvieron los Apóstoles. Es en esa línea donde debemos buscar la ciencia en cuestión.

EVA QUIERE en el fruto la sabiduría; **LA SABIDURIA SUPREMA ES LA VISION DE DIOS, LA POSESION DE DIOS** por el conocimiento y el amor. Los místicos han hablado ha menudo de una posesión de Dios por la gnosis, la contemplación. La gnosis es un superior conocimiento por la fe, en el sentido de posesión de un don infuso dado por Dios y que viene por el Hijo (Clemente Alejandro Stromata V).

La sabiduría que Eva busca en el fruto no era un conocimiento natural; ella sabía que todo conocimiento natural estaba reservado al ejercicio también natural de la inteligencia humana. El problema no estaba allí; además como ya hemos dicho ya, todo lo del Paraíso, se refería más bien a la vida sobrenatural de la primera pareja humana. Lo pretendido era pues una sabiduría sobrenatural.

Cuando San Agustín, Orígenes, San Gregorio Niseno, hasta Santa Teresa, se refieren a la contemplación mística, a la posesión de Dios que comienza en la fe viva; a esta sabiduría se refiere San Pablo en lo primeros capítulos a los corintios (I Cor. II, 6).

En síntesis la sabiduría vinculada al fruto es la mística posesión de la Divinidad por el conocimiento y el amor. **EL DON** divino que actualmente se da a los hombres purificados en la fe y en la caridad, **SE DARIA** de modo análogo por la comida del fruto del árbol del bien y del mal. **NO HABLAMOS** de una identidad, sino de una analogía; no de una coincidencia absoluta, sino de un paralelismo, con la distancia que exigen los dos estados; el de naturaleza caída y reparada por Cristo, y el estado de justicia original.

ES en ese orden de la sabiduría mística, y **EN LA FE**, don de Adán y Eva, podían progresar mediante una dádiva divina, **Y NO** por sus fuerzas naturales. Todos sus progresos en el orden natural dependía de sus fuerzas naturales. En cambio un crecimiento en la fe y en la sabiduría mística, o bien la revelación de otros misterios, **ESO NO DEPENDIA** de sus posibilidades naturales; dependía de la voluntad de Dios.

LA CIENCIA DEL BIEN Y DEL MAL tienen un doble sentido **MORAL Y ESCATOLOGICO**. En sentido moral son los caminos de Dios, **SEAN** de la bienaventuranza, **SEAN** del pecado. En un sentido, que denominamos escatológico, serían la misma bienaventuranza donde ya estaban los ángeles buenos, o bien sería el lugar donde estaban los ángeles rebeldes. Una ciencia del bien y del mal para Adán y Eva, una sabiduría a revelarse como secreto divino de tanta trascendencia, tenía que ser algo muy importante y definitivo para el hombre. Nada más importante que la bienaventuranza eterna o el infierno.

EL PECADO COMETIDO por Adán, en cuanto a su materia implica la profanación de lo sagrado. El castigo de la muerte en la Escritura está para la profanación de lo sagrado.

“Primus homo peccavit principaliter appetendo similitudinis Dei. quantum ad scientiam boni et mali, sicut serpens ei suggestit, ut scilicet per virtutem proprie naturae determinaret sibi quid erat bonum el quid malum ad agendum” II-II, q. 163, a.2

Quiso la semejanza de Dios, una semejanza que iba a recibir, pero en el tiempo y modo que Dios determinara. El hombre en la Nueva Ley, accede a los bienes divinos, en el seno de una acción litúrgica, en el culto de adoración y acción de gracias legítimamente establecido. En caso contrario, comete una profanación de lo sagrado.

En el seno de la acción litúrgica, en el momento señalado por la Providencia, Jesús dice: “Tomad y comed esto es mi cuerpo” (Mt. 26, 26). En el estado de justicia original, también hubiera llegado un momento análogo, en que el hombre pudiera comer.

Digamos ahora en que sentido quiso determinar por sí mismo lo bueno y lo malo. Adán recibiría potestad para legislar con respecto a la economía de lo sobrenatural. De modo análogo tenemos en el Evangelio que San Pedro recibe por Cristo la potestad “Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos; y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos; y cuanto desatares en la tierra será desatado en los cielos” (Mt. 16, 19).

Un pecado tan grave que arrastró tras de sí a toda la humanidad, no podía menos de ser una desobediencia formal, por soberbia, en materia gravísima. La materia fue una PROFANACION algo divino que Adán no podía tocar; Dios se había reservado señalar la forma y el momento de la encarnación y el momento de instituir la Eucaristía, y los demás sacramentos. Las palabras de Sto. Tomás: que quiso determinar por sí mismo el bien y el mal, nopueden entenderse en un sentido vulgar. Adán cabeza del género humano debía tener poder sobre sus descendientes; un poder de instituir lo relativo al culto y al servicio de Dios. Por ese motivo hemos pensado, en el poder dado por Cristo a San Pedro, en la Nueva Ley, de atar y desatar.

Lo más importante en estos pasajes es, sin duda, la promesa de la salvación. Dios promete para el futuro el Salvador, restaurador de lo destruido por Satanás. Aquí todo está en proyecto y en promesa. No hay nada que diga a Adán de la inminencia de la restauración. Mientras tanto, Adán y Eva salen del Paraíso con la maldición del pecado en el alma, y con la esperanza de volver a recuperar para los suyos la bendición de Dios.

(1) “El primer hombre pecó principalmente apeteciendo la semejanza de Dios en cuanto a la ciencia del bien y del mal, como la serpiente se lo sugirió, vale decir, que por la virtud de su propia naturaleza determinara que es lo bueno y que lo malo”.

El capítulo tercero termina con la expulsión de Adán del Paraíso. De hecho Adán ha perdido el estado de justicia original; ha perdido la gracia de Dios, y los dones gratuitos anexos al estado de justicia original. Queda en Adán, la condición de su naturaleza: ser racional y volitivo, su rica sensibilidad, pero todo en un gran desorden afectivo, intelectual, sin desaparecer de su alma el arrepentimiento, la fe, un nuevo amor de Dios, que alumbraba las ruinas del pecado.

La maldición del pecado se transmitiría a todos sus descendientes: "por tí será maldita la tierra", había dicho Dios; no solamente el suelo le sería ingrato, sino la tierra de su ser. Adán significa tierra; Adán es polvo y ese polvo sintió el impacto de la prevaricación, abandonando su primitiva integridad y grandeza. Los animales obedientes a su voz, huyeron de él, o estarían dispuestos a atacarle. La tierra, con espinas y abrojos, mostrábanle la hostilidad de la naturaleza por su condición de maldito.

La maldición se extiende entre los hombres. El hechicero, el brujo aparecen en el mundo; los cultos idolátricos sustituyen al culto del Dios verdadero; todo se pierde o parece perderse, hasta que después de algunos relámpagos de luz; Rebeca; Judit, la madre del Enmanuel, aparece en el horizonte de los tiempos la Bendición, la Bendita entre las mujeres, el Linaje de la Mujer, la Luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

7.- Después del Pecado

Consumado el pecado, la Escritura nos señala diversos episodios, que jalonan las consecuencias del mismo.

“Abriéronse los ojos de ambos, y viendo que estaban desnudos, cosieron unas hojas de higuera y se hicieron unos cinturones (gen. III,7).

En el estado de inocencia no sentían para nada el estímulo de la concupiscencia, y no se avergonzaban de la desnudez; después del pecado pierden la inocencia, Como dice el P. Ceuppens, no hay que introducir doctrinas o explicaciones extrañas al contexto (o.c. Ag. 136). “El hombre sabía que estaba desnudo, dice J. Chaine; ahora el encuentra esto inconveniente porque la concupiscencia se ha despertado; la concupiscencia es posterior al pecado; es efecto y no causa de la caída” (Le Livre de la Genese, 48).

Esto último es importante, contra explicaciones mas o menos absurdas del pecado original. Es ridículo poner el pecado original en algo sexual; entre Adán y Eva podía haber acto sexual, pero no pecado propiamente dicho. El pecado original fue algo inmenso, contra el honor divino, desobediencia, profanación de lo sagrado, etc., pero nunca algo para lo cual la misma naturaleza está ordenada.

Lo importante en esta materia es no pasar de largo por el primer pecado, sino contemplar su gravitación, su peso en la vida de la humanidad y del hombre. La severa narración bíblica, nada nos dice; pero nosotros vemos ya todo su peso en la vida del mundo. No es posible plantearse ningún problema humano, con implicancias en el quehacer del hombre, sin que haya que considerar la presencia del pecado, en si mismo o a través de sus consecuencias.

“Oyeron a Dios que se paseaba por el jardín al fresco del día, y se escondieron de Dios, Adán y su mujer” (ib. v. 8).

Dios quiere el hombre en la bienaventura eterna, y esa voluntad no se retracta. La voluntad divina que eleva a Adán al orden sobrenatural de la gracia, reaparece misteriosamente al principio, patente

después, como voluntad de salvación. A través de este versículo de indudable plasticidad, reaparece el amor divino de salvación. Después del pecado, Adán y su mujer oyen a Dios; aunque la vergüenza los hace esconder entre los árboles, es por un sentimiento de menosprecio de sí mismos, ante la majestad del Creador. Humildad, confusión, temor de Dios. Adán y su mujer, caídos en el pecado, y después del pecado, no abandonarán los caminos de la misericordia.

Oyeron, significa que aún podían oír a Dios y entenderle. Oyeron la voz del demonio y cayeron en la seducción; oyeron la voz de Dios y entraron por los caminos del temor de Dios y la salvación.

“Dice el salmista: No endurezcáis vuestro corazón” (s. 94). Existe un misterio de dureza y obstinación, que conduce necesariamente a la muerte; pero Dios no quiere la muerte del pecador, sino que viva; por eso la vida siempre se le ofreció a nuestro primer padre. Debemos los cristianos pedir la gracia de oír; de oír la Palabra de Dios; no embaucarnos en la “mentalidad semita” o en la “cultura oriental”, que son los grandes vaciaderos donde se lleva la Palabra de Dios, por una exégesis negativa, para que nada diga, que nada signifique.

“Pero llamó Dios a Adán diciendo: Adán ¿dónde estás? y este contestó: te he oído en el jardín y temeroso porque estaba desnudo me escondí; ¿Y quién, le dijo, te ha hecho saber que estabas desnudo?

Es que has comido del árbol que te prohibí comer? (ib. vv. 9-11).

Dios no quiere condenar definitivamente a su creatura humana. La palabra de Dios, palabra sustancial, tiene el efecto inmediato hacia lo cual va dirigida. Dios quiere suscitar en el primer hombre sentimientos de contrición, petición, esperanza. Las preguntas de Dios no son para obtener una respuesta, sino suscitar un modo de ser, una actitud, que podría explicar la posterior parábola del Hijo Pródigo.

Los versículos siguientes (vv. 12-13), enteramente psicológicos, constituyen una tímida respuesta a la requisitoria del Señor. Adán se excusa, y hace responsable a la mujer; la mujer declina su responsabilidad en la serpiente: “La serpiente me engañó y comí”.

La primera mujer, Eva asume la responsabilidad del pecado, y confiesa el engaño de la serpiente. Otra mujer, que vendrá después: María, asumirá la responsabilidad de la Redención, después de recibir la verdad, por ministerio del ángel. Responsabilidad de la Redención, no significa que sea causa principal de la misma; pero como creatura, a la par de Eva, debía recibir en su seno, el Fruto bendito de salvación. La serpiente o sea el demonio, siempre procurará destruir el linaje de la mujer, hasta caer vencido por la Nueva Eva que ni fue engañada, ni es engañada en los fieles que la invocan.

“Y Dijo Dios a la serpiente: Por haber hecho esto maldita serás entre todos los ganados y bestias del campo; te arrastrarás sobre tu pecho, y comerás el polvo todo el tiempo de tu vida. Pondré (Vulg.) perpetua enemistad entre tí y la mujer, entre tu linaje y el suyo; este te aplastará la cabeza; y tú le morderas a él el calcañar” (vv. 14-15).

La atención del lector recae sobre este último versículo por su indudable sentido profético. El triunfo de la serpiente, o sea de Satanás, será momentáneo. Llegará un momento en que se levantarán enemistades entre la mujer y el demonio. Esas enemistades, aquella oposición se levantaría en el futuro, cuando viniera la mujer capaz de sostener dichas enemistades. En la exégesis de origen protestante, aún católica, se ha hecho lo imposible para negar que aquella mujer fuera la Santísima Virgen. La tradición de los Padres y teólogos hasta tiempos muy recientes, han sostenido que se trataba de María, la hija de Joaquín y Ana. La “posteridad de Eva” era llamada a ocupar su lugar. Pero resulta que en “la posteridad de Eva”, la única mujer capaz de sostener enemistades contra el diablo es María, la Inmaculada Concepción. María nunca estuvo en poder del demonio; siempre pudo y puede enfrentarlo, como lo enfrentó en casa de Isabel, arrancando de su poder al que sería el Precursor de su Hijo. El instinto de la fe, el sentir del pueblo cristiano invoca a María como madre, y como capaz contra los poderes del diablo.

Para nosotros, y el común sentir de la cristianidad, la mujer es María; nadie puede imaginar enemistades entre Eva y el diablo; tenemos que pasar sobre todas las heroínas del Antiguo Testamento, para llegar a la gran heroína, la hija de Sión, que recibió el saludo del ángel.

Después de esto el Señor decreta el castigo para Eva y para Adán. A Eva anuncia el dolor en el parto y la sujeción con relación al marido. El castigo de Adán fue el siguiente:

“Por tí será maldita la tierra; con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida. Te dará espinas y abrojos. Y comerás de las hierbas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan; hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido tomado; ya que polvo eres y al polvo volverás (vv. 16-20).

8.- La Justicia Original y su Pérdida

El pecado cometido significó para Adán y Eva la pérdida del estado en el cual Dios los creara, la justicia original. Vamos a ver primero que fue la justicia original, y cómo salió del paraíso despojado de tan preciosos dones que integraban aquel estado de verdadera realeza y magnificencia. La justicia original fue un estado, vale decir algo estable, firme, dotado de persistencia, capaz de subsistir en el tiempo y en el espacio. Hablamos de la estabilidad del buque, del gobierno, de una empresa, etc.

Estado de JUSTICIA, significa la estabilidad en el bien, en el cultivo de las virtudes con respecto a otros; su justo con respecto a otro. Aquí el Otro es Dios. Cuando en teología se habla de estado de justicia o de justificación, nos referimos con respecto a Dios. Significa que estamos habilitados para una buena relación de amistad con Dios. Aquella habilitación solo Dios mismo puede otorgarla.

Justicia ORIGINAL, fue dada desde el principio.

El estado de justicia original comprende diversos dones o dádivas gratuitas que conviene enumerar. Quien vistió los lirios de los campos, como dice el Evangelio, no podía menos de revestir de magnificancia a su creatura predilecta el rey de la creación.

El estado de justicia original, no se explica por necesidades o exigencias de la naturaleza humana; nó por que ésta tuviera que completarse en alguna forma, sino por la sola magnificencia del Creador; por eso los dones integrantes de la justicia original, se denominan gratuitos, para señalar que no son debidos a la naturaleza.

El primero de aquellos dones propios del estado de justicia original, es la gracia santificante.

La gracia santificante es un don sobrenatural, que habilita al hombre y al ángel para gozar de Dios en la visión beatífica. Por la gracia santificante el ángel y el hombre se ordenan a la gloria. Semilla de la gloria, llamaban los Santos Padres a la gracia santificante.

Si aquella ordenación a la gloria, o habilitación para la vida divina, es por la gracia, entonces lo principal en el estado de justicia original es la gracia.

La magnificencia del Creador, queriendo elevar el hombre al orden sobre natural, no pudo agregar otro don de naturaleza, que lo hubiera dejado lo mismo. Por eso la gracia es sobrenatural, e implica una participación de la vida divina (o. p. 1,4).

Dios creó al hombre recto, dice el Eclesiastes. La rectitud consistía, en que la razón estaba sometida a Dios; las facultades inferiores a la razón, el cuerpo al alma. La sujeción del cuerpo al alma, de las facultades inferiores a la razón, no era natural.

Podemos afirmarlo apodícticamente que no era natural. La prueba del Angélico es contundente:

“No era natural, porque de serlo, hubiera permanecido después del pecado. Los dones naturales permanecen en toda la creatura, aún en los demonios. Luego la primera sujeción no era natural sino sobrenatural. Adán y Eva sintieron su desnudez, la desobediencia de las fuerzas inferiores con respecto a la razón (S T I, 95, 1).

La pérdida de la gracia santificante fue lo principal, y lo que destruyó el estado primitivo en que el hombre fuera creado.

De allí se originaron otras consecuencias. El apetito sensitivo, en el cual residen las pasiones, se desligó de la obediencia a la razón; por la cual las pasiones previenen el juicio de la razón y lo impiden. En el estado de inocencia, el apetito inferior estaba totalmente sometido a la razón (I, 95,2).

La razón estaba sometida a Dios; las facultades inferiores a la razón según hemos apuntado; viene la primera ruptura o desobediencia contra Dios, y eso causa la ruptura de la armonía constitutiva de la justicia original, con todas sus consecuencias. Santo Tomás compara el pecado original o sea la quiebra de la justicia original, a la enfermedad corporal, que es también una quiebra en el equilibrio de la salud (S T I-IIae, 82, 1).

La pérdida de la justicia original o pecado original, trajo consecuencias que pasamos a describir.

Expulsados del paraíso, salen afuera con una sentencia de dolor y de muerte, pero también con la gran promesa de la Reparación. El diablo los ha vencido; Adán y Eva lo saben; los ha sujeto, en cierto modo a su poder, pero saben que en el horizonte de los tiempos, se esconden el misterio de su rehabilitación. Adán y Eva no perdieron la

fe ni la esperanza. La fe en la gran promesa hecha por el Creador, de suscitar un día el Linaje de la mujer (gen 3, 15), y la esperanza puesta en el mismo Dios, de salvarse.

La actitud de nuestros primeros padres después del pecado; esconderse y avergonzarse de su falta, revelan el temor de Dios, la fe y la esperanza, el remordimiento de sus conciencias.

Desde el principio encontramos los sacrificios al Señor, como lo atestiguan Caín y Abel. Tales sacrificios nos revelan que Adán los hizo desde el principio.

Al penetrar en la tierra desierta, llena de abrojos y espinas, al pensar comer el pan con el sudor de su frente, Adán levantaría los ojos al cielo para ofrecer un sacrificio.

El sacrificio sería de animales o de frutos de la tierra. Traería a su mente la promesa de salvación; la Promesa de su gran Hijo que iba a venir, el Hijo por excelencia, entre todos los hijos del género humano, el Hijo del Hombre que debía llegar.

El sacrificio ofrecido a Dios Nuestro Señor, en testimonio de su supremo dominio sobre todas las cosas es de ley natural. Las exigencias de la naturaleza, si bien en nosotros están como borradas, en la mente lúcida del primer hombre estarían presentes, con todo su causal de significación y necesidad. La razón natural, en 1 primer hombre y en las primeras generaciones humanas sería mucho más vigorosa que en nosotros. Por eso se ofrecen a Dios cosas sensibles como signos de la sujeción y honor que se le debe (S. T. II-IIae, 85,1).

Es cierto que Adán y Eva no perdieron ni la fe ni la esperanza; han escuchado la voz de Dios, y reconocen el castigo al cual se hizo posible. Ese sería el motivo inmediato de hacer un sacrificio al Señor; después encontramos ofrendas y sacrificios en sus hijos Caín y Abel. Existe una literatura apócrifa que habla de los sacrificios de Adán; la pasamos por alto, pues no tiene valor documental; refleja, sin embargo la persuasión de los primeros siglos cristianos. El sacrificio traería a la mente de Adán, la promesa de salvación. Sabía quizás que sería a través del misterio de un nuevo árbol de la vida, donde su hijo, el gran hijo de Adán, el Hijo del hombre estaría pendiente, ofrecido por los pecados del mundo. El sacrificio por él, adquiriría así un valor significativo.

Las primeras generaciones humanas fueron formadas en el culto al Señor, a Dios Creador y Salvador; el Señor de las promesas de salvación; fe y esperanza que no desapareció jamás de la mente de algunos privilegiados por la gracia. Al principio, por lo menos, los hijos inmediatos de Adán, tuvieron que estar vivamente impresionados con la gran promesa de Dios.

Adán y Eva anhelan retornar al camino de la justicia, a pesar que la antigua felicidad estaba definitivamente perdida. Recuperar el camino podrán, pero no por sí mismos, sino por la fe en el Hijo, en el Linaje de la mujer prometida.

Adán significa Hombre; Adán esperaba su hijo; y el hijo al aparecer en el mundo toma el nombre de Hijo del hombre, o sea el hijo por excelencia de Adán. Adán debía esperar el fruto perfecto que darán las generaciones futuras. Una señal la tendría en Abel, en quien vería una imagen de Aquel que estaba prometido.

Todo esto que decimos de Adán es conjetural. Pero podemos fácilmente deducirlo. Los hombres primitivos tenían una gran capacidad intelectual, y una memoria que les permitía la transmisión oral y la formación de tradiciones tenazmente mantenidas o conservadas como en un archivo. Es cierto que Adán mismo debió transmitir la promesa del paraíso, y toda la historia de su caída.

Otra consecuencia en la vida de Adán fuera del paraíso sería la impresión de destierro, pérdida de algo que poseía y era suyo. Nosotros nacidos en el mundo no nos damos cuenta de ello, y no vemos en el mundo un destierro. Pero, en el primer hombre, una naturaleza nacida de las manos de Dios y habiendo gozado de aquel estado privilegiado, las cosas eran diferentes. Adán experimenta con dolor la resistencia que le ofrecen las cosas en el mundo, los animales, los cardos, espinas de una naturaleza que se le presentaba inhóspita, y que debía cultivar con el sudor de su frente.

Adán, menos que cualquiera, no podía pensar la muerte como aniquilación sino como castigo. Conocía la inmortalidad del alma, que Dios no iba a reducir a la nada. Entonces concibe rectamente la muerte como castigo; y ya se saben, él y Eva en la zona de la muerte. Los Santos Padres atestiguan la penitencia de Adán, que pasaría a esperar en el limbo, el día de la resurrección.

9 - Mas sobre la naturaleza caída

Se cae desde una altura. Al caer se pierde lo que se poseía en las alturas. Desde las alturas de la salud, caemos en la enfermedad; desde las alturas de la honra caemos en la ignominia; desde las alturas de la santidad caemos en el pecado.

Adán cayó desde las alturas en que el Creador le había colocado. El primer hombre fue creado, como hemos dicho, en el estado de justicia original. Estado de santidad, de honor, de salud, de plenitud de todos los bienes naturales y sobrenaturales que le había otorgado el Creador. Además de la gracia santificante, que hemos mencionado, los dones de integridad, impassibilidad, inmortalidad y dominio sobre las aves del cielo, los peces del mar y las bestias de la tierra.

Caído desde las alturas antes mencionadas, pierde absolutamente los dones gratuitos, sobrenaturales; permanece la integridad de su naturaleza específica; el conjunto de los elementos constitutivos del hombre: inteligencia, voluntad, libre albedrío, sentidos, etc. lo que pertenece al hombre como tal, permanece. En cambio permanece como enferma, la inclinación del hombre hacia el bien o a la verdad. Está según el lenguaje de los teólogos, herido en su naturaleza.

El hombre deberá siempre obrar según la razón. La razón dictaminará lo que deba hacer, y lo que debía pensar. En esta materia, la razón posee los principios de la ley natural; pero ahora la voluntad no siempre está dispuesta a seguirla.

La razón humana puede equivocarse y caer en el error; sea por obnubilación de la mente, sea por razones pasionales que se interponen. La imaginación, la memoria, los sentidos internos previenen muchas veces el juicio de la razón; la lujuria, la ira, la avaricia, la prodigalidad, etc., obnubilan un juicio que debiera ser recto.

En el orden del conocimiento especulativo, la razón guarda la fuerza natural de reconocer y demostrar la existencia de Dios; pero ella se encuentra a menudo turbada por el desorden de las potencias infe-

riores, y moldeada por las condiciones concretas de vida en un mundo rebelado contra el hombre; vale decir por las condiciones de un trabajo vuelto penal.

En la línea del conocimiento práctico y moral, el hombre no aparece menos herido; él está aún más. En el campo de la ley natural, la revelación va a tomar a su cargo suplir una falencia muy común, promulgando los grandes preceptos, que la razón bastaría para conocer.

Aunque el hombre puede poner actos humanos naturalmente rectos sin la gracia de Dios, sin embargo, para llevar una vida, naturalmente recta, el hombre necesita de la gracia de Dios. Vida matrimonial, vida de trabajo, vida de relación con los demás. Para proceder con honestidad en todas estas esferas, durante un tiempo mas o menos largo, o en toda su vida, el hombre necesita de la gracia de Dios.

“Por lo cual ceñidos los lomos de vuestra mente y apercebidos tened vuestra esperanza completamente en la gracia que os ha traído la revelación de Jesucristo” (I P. 1, 13).

Para comodidad de nuestros lectores transcribimos el decreto del Concilio de Trento sobre el pecado original (sesión V, 17 de junio de 1546):

Si alguno no confiesa que el primer hombre Adán, al transgredir el mandato de Dios en el paraíso, perdió inmediatamente la santidad y justicia en que había sido constituido, e incurrió por la ofensa de esta prevaricación en la ira e indignación de Dios, y por tanto en la muerte con que Dios antes le había amenazado, y con la muerte en el cautiverio bajo el poder de aquel que tiene el imperio de la muerte (Heb. 2,14), es decir del diablo, y que toda la persona de Adán por aquella ofensa de prevaricación fue mudada en peor, según el cuerpo y el alma, sea anatema (dz. 788).

“Si alguno afirma que la prevaricación de Adán le dañó a él solo y no a su descendencia: que la santidad y justicia recibida de Dios, que él perdió, la perdió para sí solo y no también para nosotros, o que manchado él por el pecado de desobediencia, solo transmitió a todo el genero humano la muerte y las penas del cuerpo, pero no el pecado que es muerte del alma, sea anatema, pues contradice el Apóstol que dice: por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así a todos los hombres pasó la muerte, por cuanto todos habían pecado (Rom. V, 12). dz 789.

Si alguno afirma que este pecado de Adán que es por su origen uno solo, y transmitido a todos por propagación, no por imitación, está como propio en cada uno, se quita por las fuerzas de la naturaleza humana o por otro remedio que por el mérito del solo mediador Nuestro Señor Jesucristo... sea anatema” dz. 790.

Si alguno niega que hayan de ser bautizados los niños recién salidos del seno de su madre, aún cuando procedan de padres bautizados, o dice que son bautizados para la remisión de los pecados, pero que de Adán no contraen nada de pecado original que haya de ser expiado en el lavatorio de la regeneración, para conseguir la vida eterna... sea anatema. dz. 791.

En estos canones del Concilio de Trento tenemos:

Que Adán al transgredir el mandato divino perdió la santidad y estado de justicia original en que había sido constituido; cayó en la muerte y cautiverio del demonio.

La pena correlativa al pecado no le dañó a él solo, sino que se trasmite a todo el género humano. A todos y cada uno de los hombres se trasmite el pecado original, que es la muerte del alma, lo mismo que las penalidades del cuerpo.

El pecado original a todos se propaga, no por imitación; está como propio en cada uno de los hombres. No se borra por las fuerzas de la naturaleza sino por el mérito de Nuestro Señor Jesucristo..

Por último, los niños deben ser bautizados, por traer el pecado original, debiendo ser expiado en el lavatorio de la regeneración.

Es inimaginable para el hombre lo que habrá sido aquello que llamamos pecado original. Sabemos sus consecuencias, que se prolongan en todas y cada una de las generaciones humanas. El pecado original ha quedado incrustado para siempre en la naturaleza humana, como una enfermedad de la misma naturaleza, una disposición desordenada y alterada de la misma. Santo Tomás lo explica como disposición, con elementos dispuestos para una enfermedad. Un cuadro clínico determinado, comporta el desorden en el funcionamiento de muchos órganos, y carencias de la propia estructura. Santo Tomás, en su lenguaje, dice Hay dos clases de hábitos: uno por el cual la facultad posee capacidad de obrar, como la ciencia y la virtud, que son hábitos. En este sentido el pecado original no es hábito. Otro por el que una naturaleza compuesta de muchos elementos reciben tal disposición de sus partes, que está bien o mal ordenada, según un principio dado, máxime si esa disposición ha adquirido ya la fuerza de naturaleza, como sucede en la enfermedad. En este sentido el pecado original es un hábito: disposición desordenada que proviene de la ruptura de la armonía constitutiva de la justicia original (I-IIae, 82,1). La armonía o correlación de partes, es la que anteriormente expusimos: el sometimiento de la razón a Dios, y el orden de lo inferior, sujeto a lo superior. Ese orden queda roto, y contamos con una indisposición de elementos mas que disposición, como ocurre en la enfermedad.

Podemos mencionar otros textos de Santo Tomás:

“Así el pecado original tiene privación de la justicia original, y junto con ella la desordenada disposición de las partes del alma. Luego no es pura privación, sino un hábito corrompido (ib ad 1m).

Respondiendo a otra dificultad:

El pecado actual es cierto desorden del acto, en cambio el original es como desorden de la naturaleza, es cierta disposición desordenada de la misma naturaleza, que tiene razón de culpa, en cuanto se deriva del primer padre” (ib. ad 2m).

Hay un solo pecado original en cada hombre. Solamente el primer pecado de los primeros padres se trasmite a sus descendientes. Luego el pecado original es uno a cada hombre y es uno proporcionalmente en todos los hombres. Además, tenemos lo siguiente: la unidad numérica proviene del sujeto en que radica; la unidad de especie proviene de la causa; las enfermedades específicamente distintas provienen de causas específicamente diferentes. Es lo ocurrido en toda disposición desordenada. En el pecado original, la causa es una, la privación de la justicia original, por la que se ha roto la sujeción de la mente a Dios. Por eso el pecado original es específicamente uno (I-IIae, 82, 2).

Borrado el pecado original por el bautismo, la mente se convierte nuevamente a Dios, por una restauración de la gracia santificante, proveniente de la pasión y muerte del Salvador. Queda sin embargo la concupiscencia, que es algo material en el pecado original, no lo formal. Contra las debilidades de la naturaleza, tenemos siempre que luchar. La concupiscencia es el nombre común que tienen las tendencias desordenadas hacia los bienes conmutables, fuera del orden de la razón (cf. I-IIae, 82, 3). Las pasiones del irascible son menos fuertes que las del concupiscible; por eso todo el desorden se atribuye a la concupiscencia. (ib. ad 2m).

Cuando lo que se desea es un bien, según el orden de la razón, entonces la concupiscencia es buena o laudable; es mala fuera del orden de la razón (cf. de Malo IV, a.2, ad 2m, ad 3m).

El apetito lanzado por sus caminos, fuera de la ley natural y la ley de Dios, ha causado estragos en el mundo. A él debemos el rompimiento con la fe, en la rebelión protestante; el hombre por soberbia se constituye en interprete de la palabra de Dios. La herejía se sostiene un instante en el encanto de una rebelión suicida. El secularismo actual, la adaptación al mundo contemporáneo, y toda una temática nacida del odio secular contra la Iglesia, infunde nuevos motivos de vida a la herejía.

Al asumir la ciencia del bien, el hombre se abre a la contemplación; al absorber la ciencia del mal, la soberbia hipertrofia del yo, sume el espíritu en el frío de la inmanencia. El bucear en las reconditeces del yo, cierra la contemplación, y libera los fantasmas de una razón enloquecida. Idealismo, fenomenología son formas oscuras, en cielos vacíos y sin luz.

La esperanza también hace su llamada no siempre escuchado por el apetito dislocado del hombre. La presunción y la desesperación destruyen por igual la esperanza. O pienso que ya tengo lo que debo esperar de Dios, o bien desespero de encontrarlo.

Siguiendo por los virtudes, que señalan el camino exacto, la caridad también tiene su grandes enemigos. La caridad es amor sobrenatural de Dios y del prójimo. Radica en la voluntad, potencia que sigue a la inteligencia, pero que recibe la influencia de todos los apetitos humanos. La voluntad quiere el dinero; lo malgasta para satisfacer otras pasiones más exigentes. La voluntad se entrega a la lujuria, a la sensualidad; también pospone el bien a las exigencias de lo útil; ama la comodidad, la ostentación, la vanagloria.

Contra todas esas tendencias deleznable, pero exigentes y sensibles, tiene que luchar la voluntad, informada por la caridad. La caridad debe vencer aquellas tendencias.

La lucha no es fácil. La fe y la prudencia, pueden dar un panorama de verdad; la fe iluminada por los dones del Espíritu Santo, vigoriza el alma y la caridad triunfa poco a poco. Pero si la fe está enferma por la sugestión de un falso profetismo, la lucha se hará más difícil. Los valores mundanos influyen sobre el hombre; cada individuo siente el peso de lo estimado y cotizado por el mundo y en el mundo. El mundo ha organizado su sistema de valores, realiza su propaganda; suscita estimaciones cada vez mas fuera de la moral y las buenas costumbres. En fin, se suscita la concupiscencia, la mala concupiscencia por todos los medios posibles.

En cierto modo tenemos, las consecuencias del pecado original, organizadas en sistemas de doctrina, de convicciones, de modos de obrar, de costumbres. Todos los defectos de la humana naturaleza convienen en el pecado original (IV de Malo a, 2 ad Im).

10.- La Generación de los Hijos

En el estado de inocencia, sería lo mismo que es actualmente. Santo Tomás lo afirma sin vacilar.

Adán y Eva estaban en el estado de justicia original o sea estado de inocencia; sería realmente absurdo pensar que, para tener familia, tenían que pasar por el pecado.

Adán y Eva poseían la naturaleza humana en toda su integridad; eran los primeros padres del género humano y debían propagar la especie según aquello de: "Procread y multiplicaos y enchid la tierra; sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados, y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra" (gen. I, 28); reitera inmediatamente el mandato o posesión que otorga al hombre, sobre los vegetales y animales sobre la tierra.

Tan solemne mandato, tiene dos tiempos: primero, el de multiplicarse el género humano; segundo, que el género humano, o sea el hombre, tome posesión de la tierra, y de las creaturas inferiores para su sustento y su vida.

Fuera de este texto tan claro de la Escritura, Santo Tomás pone otras razones. Una de ellas es, que el pecado original hubiera sido necesario, lo cual es igualmente absurdo. Dice así:

"En el estado de inocencia habría generación que multiplicase los hombres, pues de lo contrario el pecado del hombre hubiera sido muy necesario, como medio de alcanzar un gran bien" (ST I, 98, 1).

La generación se impone por razón de la naturaleza. En los seres incorruptibles (los ángeles), no es necesaria la generación; cada uno de ellos es una especie, una naturaleza específica completa. En cambio en el hombre, compuesto de alma y cuerpo, cada individuo no es la especie; para conservar la especie humana es menester la generación para multiplicar los individuos que se deben suceder". El bien de la especie es principal intención de la naturaleza", agrega el Angélico Doctor.

De aquí la necesidad de la generación de nuevos individuos, dentro de la especie humana. Tal necesidad es tan urgente en el estado de naturaleza caída (la nuestra), como en el estado de inocencia.

De allí que sea absurda la opinión de algunos freudianos, de considerar sexual al pecado original. El acto sexual pudo haberse dado perfectamente en el estado de justicia original.

La multiplicación de los hombres no hubiera originado discordias. En el estado de inocencia, dado el orden interior de cada individuo no habría rivalidades; las voluntades estarían armonizadas; cada cual tomaría del bien común lo que le correspondía (ib ad 3m).

Esta visión tan armoniosa del mundo realmente paradisíaca, ha quedado atrás; ahora tenemos que habérsela con otra cosa; con el mundo de las concupiscencias humanas, pero en el centro, por el favor de Dios, tenemos el misterio de la Cruz.

Los niños en el estado de inocencia serían, mas o menos, como los actuales, en un estado embrionario, siendo imperfectos en el volumen y fuerzas corporales, desarrollándose normalmente, pasando por la infancia, adolescencia, madurez, no las imperfecciones de la vejez, que acercan a la muerte (cf. I, 99, 1).

Para explicar esto Santo Tomás distingue lo que pertenece a la fe, que excede la naturaleza, y lo que pertenece a la naturaleza, en lo cual debemos atender a la misma naturaleza de las cosas.

Aquí la naturaleza nos obliga a pensar en un proceso de desarrollo; los niños tendrían el uso de sus miembros, según su edad y desarrollo; no interrumpido por ninguna enfermedad, pero un desarrollo normal.

Los niños nacerían en estado de justicia original; conjuntamente con el alma racional recibirían el don de la justicia.

“La justicia original en la que fue creado el primer hombre era un accidente de la naturaleza específica, no causado por los mismos principios específicos, sino por un don infundido por Dios a toda la naturaleza” (I, 100, a. 1).

La prueba de esto es lo siguiente:

Las cosas opuestas están en el mismo género. El pecado original, opuesto a la justicia original, es un pecado de naturaleza, que pasa de padres a hijos; por tanto se transmitiría también la justicia original.

Dios es el creador del alma racional, y autor de la gracia; la gracia no depende de la naturaleza específica, sino del mismo Dios. Si la pérdida de la gracia fue por razón del pecado, al nacer sin pecado, tiene consigo la gracia de la justicia original.

“Algunos creen —dice Santo Tomás— que los niños no nacerían con la justicia gratuita que es principio del mérito, sino con la original. Ahora bien, como la raíz de la justicia original en la cual fue creado el hombre está en la conformidad sobrenatural de la razón con Dios, lo cual se tiene por la gracia santificante, como dijimos, debe concluirse que los niños nacerían en gracia igual que el primer hombre, si es que nacían en justicia original. Pero de esto no se sigue que la gracia fuese natural, pues no era producida por la generación, sino infundida al hombre junto con el alma racional” (I, 100, 1, ad 2m).

Al estado de justicia original pudieron perderlo los descendientes de Adán, en ese caso no lo podían transmitir a sus hijos.

Para Santo Tomás lo esencial en el estado de justicia original es la gracia santificante, que causa la perfecta conformidad de la razón con Dios, y es a la vez principio del mérito. Nacer en estado de justicia original, no quiere decir que la justicia original sea algo de la naturaleza; siempre es don gratuito, infundido por Dios.

No todo fue pérdida en el paraíso después del pecado. Ganamos a Cristo, el hijo de Dios, y por Él tenemos entrada a la casa del Padre.

www.traditio-op.org

II - Después del Paraíso

Caín y Abel

Toca ahora el turno a la historia de Caín y su hermano Abel. En MEDIO de las penalidades causadas por la expulsión del Paraíso, que nosotros no podemos imaginar, EVA, según afirma la Escritura, concibió y dió a luz al primogénito Caín. "He adquirido un hombre con (ayuda de) Dios. Volvió a parir y tuvo a Abel su hermano. Abel fue pastor, Caín labrador" (gen. IV, 1-2).

Caín aparece primero; Abel le sigue en la narración bíblica. Es evidente que después de expulsados del Paraíso, Adán y Eva tuvieron gran cantidad de hijos e hijas (gen. V,4). La Historia Bíblica no se ocupa de nombrarlos; SON AJENOS AL OBJETIVO DE LA REVELACION. Solamente CAIN, ABEL y SET SON MENCIONADOS. La Historia Bíblica es Historia de la Salvación, y solamente son mencionados los personajes de algún modo vinculados a la promesa de salvación, hecha por Dios en el Paraíso.

La Sagrada Escritura no pretende ser una historia completa y erudita de nuestros entepasados. Es una narración concisa de lo necesario para que podamos apreciar la voluntad salvífica del Señor. Por eso no ha conservado otras referencias que las vinculadas a la Promesa hecha en el Paraíso.

Dios había prometido a los hombres el Salvador, que extirparía la maldición, y volvería a restablecer la unión de los mismos hombres con Dios. Cada día, Adán y su mujer, verían en la aurora que precede a la salida del sol, la imagen de aquella mujer, que anticiparía en el mundo la imagen del Sol de justicia.

CAIN, ABEL y SET son los UNICOS PERSONAJES, que denominaremos HISTORICOS de aquella familia primordial. Son los que figuran en el plano de las promesas divinas como pecadores o como santos. La Escritura pone de relieve el sacrificio de Abel; las familias de Caín y la de Set, en el orden del bien y del mal. DEBEMOS SUPONER LA FORMACION PARALELA de muchas otras tribus; núcleos familiares que crecían cada vez más, AUNQUE NO APAREZCAN para nada en la Biblia. Pensemos que CALDEOS, SUMERIOS,

ARAMEOS, EGIPCIOS, etc. son igualmente hijos de Adán. AQUELLAS FAMILIAS SE FORMARON como las familias de Caín y de Set, con LAS MISMAS ENSEÑANZAS y el MISMO CULTO: oración, adoración, sacrificios al Dios Creador y señor de todas las cosas; tales familias o tribus, recibieron las mismas enseñanzas por tradición oral, del Paraíso, el pecado, la salvación. Podemos conjeturar que recibieron las mismas enseñanzas, que guardaron con mayor o menor fidelidad. Rastros de aquella fidelidad nos descubre la actual Historia de las Religiones, en los cultos primitivos. También aparece la infidelidad, o mejor dicho, EL PESO de la naturaleza caída, la OBRA DE LA imaginación, que pronto va a desvirtuar aquellas mismas tradiciones y caer en la idolatría y narraciones fantásticas.

Las cosmogonías paganas han recibido aquellas tradiciones adulteradas por la imaginación de los hombres. Cada copista al transcribirlas SIN EL carisma de la inspiración, las modificaba un poco. Solamente la cosmogonía de Moisés, por el carisma de la inspiración divina, permanece en la verdad. Algunas verdades principales se mantienen en otras narraciones. Entre los egipcios se mantiene la idea de Dios creador, aunque no podríamos determinar si es creador de la nada.

Dejando de lado la creación de la nada, el elemento común en las tradiciones paganas es el agua tenebrosa y oscura del Génesis. Es natural que el hombre hable de lo que había primero. Es el TIAMAT de los egipcios; el CAOS PRIMITIVO de los caldeos, el OCEANO TENEBROSO fenicio, el Tohu Wabohu de los hebreos. Las tradiciones SUMERIAS CONSERVAN muchas curiosidades realmente sorprendentes, como el "árbol de la verdad" y el "árbol de la vida". Sobre las tradiciones sumerias dice un exégeta: "En tiempos de Gudea se da culto a un dios-serpiente llamado: "Nin—gis—zi.da" (señor del árbol de la verdad). Finalmente hemos de recordar el famoso cilindro sumerio del tercer milenio antes de Cristo, conservado en el British Museum, en el que aparecen dos personajes sentados, con dos cuernos, cada uno al lado de una palmera, con las manos extendidas, como deseando coger el fruto" (Maximiliano García Cordero O.P. Pentateuco, p. 89).

Todos estos son rastros visibles, del misterio que esconden las edades. La Lógica nos sugiere la dispersión de los hombres sobre la tierra, la formación de diversos núcleos, en que cada uno de ellos llevaría su versión de la común tradición, cuya versión perfecta está en nuestro Génesis.

Volvamos a nuestros primeros padres, Adán y Eva. Abandonan el Paraíso después del pecado, con dolor por la inmensa pérdida. A raíz de la pérdida de la gracia de la justicia original, el dolor, la an-

gustia han invadido todo su ser. La fatiga invade sus cuerpos; el hambre, la sed, el frío, el calor, con una naturaleza vuelta hostil, todo se agrega al inmenso vacío de su alma. ¡Está triste mi alma hasta la muerte!. Estas palabras del Señor, podrían estar en la mente del primer hombre. La imagen de la muerte, castigo de su pecado estaría siempre presente acompañándolo a todas partes. La naturaleza de Adán no era como la nuestra, nacida en el pecado; no tenía la conaturalidad ni la familiaridad que nosotros tenemos con él. A pesar del pecado cometido, la naturaleza adámica es creada en estado de inocencia, ha salido de las manos de Dios; desprovista de la gracia, y en estado de castigo, experimentará las inclinaciones viciosas como amargura, maldición, signo de una pérdida irreparable.

Digamos más. Todo este estado interior, desorden, amargura, rebelión, pasa a su primer hijo Caín. Caín hijo inmediato del pecado, debió poseer una rica naturaleza, enteramente trastornada por el instinto del mal. Esto nada implica contra su responsabilidad y libertad. Inteligencia clarividente, como la tendrían las primeras creaturas humanas, sentiría los embates del orgullo, vanagloria, envidia, y otros sentimientos que delataban la presencia de la ciencia experimental del mal. Caín era la primera creatura humana no formada por la mano de Dios, sino **NACIDA DE PADRES** que **TRASMITIAN POR LA PRIMERA** vez una naturaleza humana poderosa en fuerzas psíquicas, pero viciada y sensual. Hasta la fisonomía del amor estará deteriorada, por aquella mezcla de sentimientos extraños, que nosotros denominamos menosprecio y odio. En Caín hay algo nuevo, el odio al bien.

Fue Abel pastor y Caín labrador. Cuidar los ganados y sembrar la tierra son los dos oficios posibles para los hijos de Adán.

El hombre hecho a la imagen y semejanza de Dios, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y bestias de la tierra" (gen. I, 26), debe ejercer ese dominio; él toma posesión desde el principio, de aquello que Dios le ha dado.

También dijo Dios: "Ahí os doy cuantas hierbas de semilla hay sobre la haz de la tierra, y cuantos árboles producen fruto de simiente, para que todos os sirvan de alimento (gen. 1, 29).

De inmediato, el hombre sabe de donde sacar su alimento. Después, en el Paraíso, Dios presenta al primer hombre todos los animales, "y dió Adán nombre a todos los ganados, y a todas las aves del cielo, y a todas las bestias del campo" (ib. 2, 20).

De modo que es completamente natural que las primeras actividades humanas no fueran otras, sino el **PASTOREO** y la **LABRANZA**. El cuidado de los animales, sobre los cuales Dios mismo dió

autoridad, pudiendo valerse de ellos, y los cultivos necesarios para la subsistencia humana. El hombre, el animal mas desprovisto de todos, debía valerse de su inteligencia, y del dominio sobre los seres creados para subsistir. Los otros hijos de Adán, también serían labradores o pastores.

Que las primeras actividades humanas fueron la labranza y el pastores, nos parece suficiente explicación de Caín labrador y Abel pastor. No creemos necesario erigirlos en "prototipos" de pueblos pastoriles o labradores, como se afirma, quitándoles realidad histórica. Nosotros estamos con la tradición de los Padres, que los tiene, por personajes reales, según enseña la Escritura.

"Al cabo de un tiempo hizo Caín ofrenda a Yavé de los frutos de la tierra; y se la hizo también Abel de los primogénitos de sus ganados, de lo mejor de ellos; y agradó a Yavé de Abel y su ofrenda, pero no de Caín y la suya, se enfureció Caín y andaba cabizbajo" (gen. IV, 3—5).

Hagamos alguna aclaración. Caín y Abel figuran en la Biblia **COMO DOS HOMBRES, y NUNCA COMO PUEBLOS**. Pongamos ejemplos:

Nuestro Señor recrimina a los fariseos su incredulidad, y les dice: "Para que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel, hasta la sangre de Zacarías hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el templo y el altar" (Mt. 23, 35). Abel está mencionado por el Señor como persona concreta.

San Juan Evangelista menciona a Caín como persona que inspirado del maligno, mató a su hermano" (I Juan 3, 12). Trátase de dos hermanos, no de dos pueblos. San Pablo habla a los hebreos del Mediodor, y la aspersión de la sangre: "mejor que la de Abel" (Ad Hebr. XII, 24).

La Escritura nunca autoriza a tratar a Caín y Abel como pueblos en lucha, sino como personas individuales, hijos de nuestros primeros padres.

Por otra parte resulta absurdo pensar que eran pueblos. Las guerras entre pueblos están narradas en la Escritura como tales, y no como una contienda entre hermanos. Además, el vencedor de una guerra el pueblo vencedor nunca aparece cabizbajo y apenado por la muerte del vencido; la muerte del enemigo se celebra como un triunfo, y nunca aparece ningún escrúpulo de conciencia. La actitud de Caín es completamente distinta; su conciencia le habla del crimen

de su hermano. Tanto la psicología humana, como la psicología de las multitudes conspiran para señalarnos un crimen personal, consumado entre hermanos.

De nada valen las simplificaciones que se pueden intentar sobre el papel.

Agreguemos que, la idea de HERMANDAD entre los pueblos, y deberes recíprocos entre las naciones es una idea cristiana, y por lo tanto tardía, viene solamente después de Jesucristo; supone el nuevo concepto del hombre y de las relaciones humanas traído por el cristianismo.

“Cualquiera que me encuentre me matará, dice Caín, después de su crimen (IV, 14). Afirman ciertos comentaristas, que esto no podía decir si estaban los dos hermanos solos.

No es dificultad, pues no es necesario suponer los dos hermanos solos. Pudieron existir muchas familias en formación; no sabemos cuantos años tendrían ambos hermanos, ni contamos con estadísticas, pero ya podía haber mucha gente. El sentido de las palabras es que Caín se reputa digno de muerte.

Por tanto nos parece absurdo pensar que se trate de “una civilización ya evolucionada” (Biblia de Jerusalen). El grado de civilización en que el episodio se desarrolla, es el inmediato que podían tener los hijos de Adán. No quiere decir que todos los hijos del primer hombre lo conservaran o lo aumentaran; por razón del estado de pecado original muchos de ellos perderían las enseñanzas y prácticas recibidas. Hemos visto que la labranza y el pastoreo eran los medios de subsistencia que Dios mismo dá al primer hombre. No tiene nada de extraordinario que los inmediatos hijos de la primera pareja humana fueran pastores o labradores.

El episodio es real y verdadero. No podemos consentir, como lo quiere algún autor, que sea un episodio fraguado cuando Israel se estableció en Canaan “y de nómada se volvió sedentario”, para exaltar la superioridad de la vida pastoril sobre la vida agrícola (Chainé J. Le Livre de la Gene se,78). Tales especulaciones nos resultan absurdas, no justificadas ni por el contexto, ni por las referencias neotestamentarias del fratricidio.

Agradóse Yavé de Abel y su ofrenda; pero no de Caín y de la suya. Se enfureció Caín y andaba cabizbajo (Gen. IV, 5). Abel era pastor, y ofreció a Yavé lo mejor de sus ganados; por ese motivo Yavé recibe la ofrenda de Abel y no la de su hermano Caín.

La ira de Caín aparece en el contexto, como un oculto rencor contra su hermano.

Esto se va a repetir siempre en la historia de los hombres.

Debemos notar, sin embargo, que en Caín no estaban acumulados todos los males, como pone de relieve cierta literatura piadosa. El primogénito de Adán es un hombre, el primer hombre engendrado con toda la revolución y contrastes causados por el pecado original. Gran capacidad intelectual, pasiones violentísimas que entrechocan; todo un hombre que poseía en grado superlativo, todo lo que el hombre puede tener de confusión, de egoísmo, de grandeza, de miseria. Caín cree en Dios; es pecador, no rinde al Señor el culto debido, pero no es ateo, cree en Dios, en el Dios que formó a su padre; que le colmó de dones en el paraíso; que perdió por el pecado la gracia santificante y fue expulsado del paraíso. Caín cree como creerá después tantos hombres que Dios tiene que adecuarse a sus caminos personales; el primogénito de Adán parece olvidar que la humanidad debe ser redimida con el precio de la perfecta oblación del hombre al Señor. Su hermano Abel en cambio, ofrece lo mejor de sus ganados, y esa oblación es aceptar al Señor.

Como consecuencia de todo esto, el camino de Abel se aparta cada vez más del de su hermano. Abel ama la ciencia del bien; contempla vivamente la paternidad de Dios, y le ofrece lo mejor, empezando por la oblación interior, que quizás era la primera lección de su padre Adán. Abel cree firmemente en la promesa; espera con la oración y los sacrificios que la misericordia de Yavé envuelva la posteridad caída de su padre, hasta la venida del Prometido, que será el Deseado de las naciones, que tomará el cetro de la raza humana.

Abel cree firmemente en la expiación que el hombre debe hacer por el pecado. En aquella primera familia humana es ya, hombre de la nueva tierra y del nuevo cielo; un hombre del reino de los santos. Abel cree como Abraham, como Moisés, como los más grandes patriarcas. Al ofrecer lo mejor de sus ganados, se ofrecería él mismo como víctima expiatoria por los pecados de la humanidad naciente.

En Abel vemos la fe operativa y fecunda que encontramos en algunos, y que tiene una virtud especial para atraerse el odio de los demás. El odio a lo católico es algo que hemos palpado; con diversos pretextos lo católico se ve postergado. Tal odio por el bien es demoníaco; lleva el sello del pecado.

En Caín, poco a poco, gradualmente, el misterio del mal pesa cada vez más en su corazón, es algo opuesto y duro, para su alma privilegiada. En Jerusalem, y en las aldeas de Galilea, los fariseos almacenaban odio contra Jesús y quieren prenderle, se sienten molestos de que Jesús sea el Mesías. Caín también se molesta de que Abel sea

el preferido. El mal del pecado inclina a la muerte; el pecado se posesiona en cierto modo de Caín, y el resultado es la muerte de su hermano. La vida va con el amor; la muerte con el odio.

El culto al Ser Supremo y Creador, sería de las primeras lecciones que Adán daría a sus hijos. El era el sumo Sacerdote que en la tierra elevaba sus ofrendas al Creador. No es la Historia Bíblica ninguna historia confusa, sino que trata de hombres reales y de hechos también reales. El culto no significa ninguna cultura evolucionada, como si fuera un producto arbitrario, nacido al azar, y no una necesaria exigencia del hombre. La misma naturaleza del culto, algo ofrecido a Dios, debe significar el amor a Dios sobre todas las cosas. Ofrecer a Dios lo mejor y más perfecto. Este fue el problema planteado por igual a Caín y sus hermanos. Ellos vieron a su padre Adán ofrecer sacrificios al Señor; participaron en la plegaria en que Adán y Eva pedían al Señor el pronto envío del Mesías prometido en el Paraíso; Eva pediría no dormirse para siempre sin ver a la Mujer prometida que traería la Bendición. La primera familia humana poseería toda una liturgia, para ofrecer al Señor de los frutos de la tierra.

En un momento dado, ya adultos, y quizás por separarse del tronco paterno, los hermanos ofrecen, por separado su sacrificio al Señor. Entonces Caín y Abel y quizás los otros, eligen lo que habría que ofrecer al Señor. Lo que antes elegía Adán, ahora lo eligen ellos. Cada uno tenía lo suyo. Caín ya sería casado. Abel según la tradición sería célibe, quizás de menor edad; sin embargo ya debía ofrecer sacrificios por su cuenta.

Abel había elegido lo mejor de sus rebaños. El amor de Dios llevóle a ofrecer el cordero más gordo y mejor preparado. A Dios se ofrece lo mejor Al Señor misericordioso que no castigó al padre ni a la madre con la muerte definitiva, había que ofrecerle lo mejor. Esa sería, a buen seguro la enseñanza de Adán. En sus instrucciones sobre el culto, el primer padre diría a sus hijos todo lo que debemos a Dios; al relatar su propia caída en el pecado, exaltaría la magnificencia del Creador. Abel comprendió la lección, no así su hermano mayor, que era Caín.

De allí nace la diferencia entre la ofrenda de Abel y la de Caín. Por tales motivos; agradóse Yavé de Abel y su ofrenda; pero no de Caín y de la suya". El autor inspirado agrega una nota no desfavorable para Caín: "...y andaba cabizbajo".

No es necesario que las ofrendas hayan sido hechas en la juventud; más bien suponen la EDAD MADURA, en que uno y otro hermano han salido de la tutela paterna, y ofrecen los sacrificios por su cuenta. Que en ese tiempo hayan sido solteros o casados, tampoco podemos decir nada. Más adelante (v. 4-17) aparecen los hijos de

Caín, pero esto no quiere decir que cronológicamente no precedieran el crimen de su padre. Abel aparece como virgen, y los Padres de la Iglesia ven en esa virginidad una figura de Jesucristo; pero esto tampoco puede deducirse del contexto. Lo único que el contexto dice es del valor de las ofrendas. Es, sin embargo presumible que, para ofrecer sacrificios personalmente, hayan sido ya adultos, desligados en cierto modo de Adán.

Entre las ofrendas y el crimen puede haber pasado mucho tiempo. El contexto insinúa que el primogénito de Adán andaba molesto por los resultados de sus sacrificios.

Cómo supieron que la ofrenda de Abel era aceptable a los ojos de Dios, y no la de su hermano Caín?

Una revelación inmediata de Dios, no tiene objeto. Es posible la explicación que hemos leído en el tratado de Caín y Abel de San Ambrosio (ML, -4, 350). Vino fuego del cielo, dice, y consumó el sacrificio de Abel y no el de Caín. Prueba lo dicho con otros textos de la Escritura, en que aparece el fuego celestial, y consume el sacrificio, por ejemplo, el de Elías. Podría también habersele revelado a Adán el sacrificio de sus hijos.

El sacrificio de Abel es altamente significativo y mesiánico; aparece íntimamente ligado a la Promesa, por los lazos de una fe poderosa, y una indeclinable esperanza. Su valor es evidente; le tenemos en el Canon de la Misa. El sacrificio de Caín, ofreciendo los frutos de la tierra, sería similar al de Melquisedec; pero sin fe y mezquino; lo que hoy diríamos, algo burocrático.

¿En que medida, a lo largo de toda una vida, ofrecemos nuestros sacrificios a nivel del de Caín, sin llegar nunca a la altura del sacrificio de Abel? En la Nueva Alianza contamos con el sacrificio de Cristo, renovado en nuestros altares, al que debemos unir lo nuestro. IV. v. 6 “Y Yavé le dijo: ¿por qué estás enfurecido y por qué andas cabizbajo?” (v. 7) “Cesa, que El siente apego a tí, y tú debes dominarle”.

DIOS HABLARA AL HOMBRE PECADOR

Dios habla a Caín. El contexto lo presenta hablándole antes del pecado de crimen y después de él. OIR LA VOZ DE DIOS, o algo que hiciera la voz de Dios, y ser sus interlocutores ha sido privilegio de los grandes patriarcas: Abraham, Moisés, Noé, y quizás algún otro.

Parecería que escuchar la voz de Dios fuera privilegio exclusivo le una eximia santidad. Sin embargo, Caín pecador aparece hablando con el Señor.

Naturalmente, Dios puede comunicarse con un pecador, aunque sea ateo. Para Dios no hay imposibles. Los exégetas modernos descartan el diálogo, diciendo que sería la voz de la conciencia, que es a su vez la voz de Dios (García Cordero - Pentateuco, 111, ed. B.A.C.). Realmente existe una dificultad muy seria para admitir este diálogo singular, y es la que pasamos a exponer:

Dios aparece en primer lugar, reprendiéndole su actitud frente a su hermano. Ahora bien; la palabra de Dios es eficaz, y hace lo que significa; es muy raro que en este caso particular de Caín no haya tenido efecto. **ES DE CREER QUE SI DIOS propiamente DICE A CAÍN:** cesa, que él siente apego a tí... etc.. inmediatamente Caín hubiera depuesto su actitud. **LA PALABRA INMEDIATA DE DIOS** es una gracia muy grande que no puede dejar de ser eficaz; los sacramentos de la nueva ley, que traen la palabra de Dios como forma, obran **'EX OPERE OPERATO'**.

San Juan de la Cruz, al hablar de las palabras sustanciales, trae el ejemplo de Abraham que diciéndole Dios: anda en mi presencia y se perfecto, luego fué perfecto, y anduvo siempre delante de Dios (Ob. pg. 674 BAC, Subida c. 31). Según esto es de pensar que oyendo a Caín la voz de Dios no podía menos de cesar.

Por tal motivo, quizás es más plausible pensar, que lo recogido por la tradición primero y la Escritura después, **COMO DIALOGO** entre **DIOS Y CAÍN** sea el diálogo de Caín con su propia conciencia, **O BIEN**, lo más probable es que su padre Adán le hablara en nombre del Señor. Sin embargo para Dios no hay imposible, y el hecho de la locución con Caín pecador no constituye ninguna dificultad.

Debemos reconocer en el diálogo una extraordinaria riqueza psicológica: por un lado la actitud paternal de Dios, que le llama a reconsiderar su actitud frente a su hermano Abel; por el otro lado algo muy propio del hombre: el sentimiento del yo, sensible ante las prioridades creadas por la misma naturaleza, el apego a las mismas, y la incomprensión del orden libre de la vocación, de la elección de Dios.

Caín no entendió que la vocación, el llamado divino será siempre libérrimo. Dios llamó a Abel, como llamó a Abraham, como llamó al pequeño pueblo hebreo y no a los grandes imperios coetáneos, como llamó a los gentiles, a recoger la herencia que desechaban los judíos. Este misterio de la vocación, el llamado divino no aparece claro para Caín, como no aparecerá claro después para muchos, algunos alejados de la Iglesia por esa razón.

CAIN PUDO ADORAR la voluntad de Dios, como la adoró Job en la abundancia y en la miseria; pudo insistir como la mujer cananea, cuya fe fue alabada por el Señor (Mateo XV, 28). Hay muchos ejemplos en que el hombre acepta la voluntad de Dios como se le presenta.

OTRO HEROE SEMEJANTE a Caín es Esaú. Esaú se ve en análogas circunstancias al primogénito de Adán. También él es el primero; Jacob su hermano es menor. Esaú cree que es a él a quien le corresponde la bendición de su padre Isaac. Sin embargo, tal como le fue vaticinado a su madre Rebeca, una nación prevalecerá sobre la otra, y el mayor servirá al menor (Gén. 25, 23). Las intenciones de Esau son semejantes a las de Caín; se propone la muerte de su hermano: mataré a Jacob mi hermano (Gén. 27, 41). El primogénito de Rebeca no logra consumir su propósito; Jacob será la cabeza de las doce tribus de Israel. Esaú por su parte, no rompe ni con su padre, ni con la fe, ni con el culto de Yavé. Tampoco Caín.

Entre los hijos de Jacob, tampoco la vocación divina observa las prioridades de la naturaleza. Ruben es el primogénito, y la primacía pasa a Judá: Judá te alabarán tus hermanos y tu mano pasará sobre la cerviz de tus enemigos; son palabras de la postrer bendición de Jacob (Gén. 49, 8).

El orden de la vocación divina, aparece así dependiente de la sola voluntad de Dios.

En las palabras transcriptas de Dios a Caín hay un llamado a la penitencia, un llamado a reconocer el orden nuevo, que el mismo Dios había prometido en el Paraíso. Actitud paternal y llena de misericordia. Dios quiere salvar a Caín, como quiere salvar a todos los hombres. Las expresiones del contexto fácilmente pudieron ser del mismo Adán que transmite a su primogénito los primeros llamados del corazón de Dios, a la conformidad con su divina voluntad.

Caín es amonestado, no condenado por Dios. Dios es el padre de las misericordias, y Dios de toda consolación (II Cor. 1,3). Lo más congruo en este contexto es ver la voluntad salvífica de Dios, como una voluntad de salvación; aquí hay un llamado al arrepentimiento y al perdón. No podía el Señor reconvenir a Caín si no es para perdonarle. Aparece muy en claro, el carácter de la futura Redención, como obra de la misericordia, para perdonar los pecados de los hombres.

Se alzó Caín contra su hermano Abel y le mató (Gén. IV, 8).

Es lo que sería la historia de la humanidad; la vida de los hombres estaría señalada por el crimen; aquí ensaya sus primeros pasos con un fratricidio.

Que ensaya sus primeros pasos, no es una frase más. El crimen es lo más común en el mundo; la historia de la humanidad es casi toda de guerras, de catástrofes y crímenes. Los tiempos de paz son muy

pocos. Por otro lado el bien armado para defenderse, es casi siempre más débil que el mal en pie de guerra. En la Biblia el bien triunfa, no con la Armadura de Saul, sino con la honda de David.

¡Morte morieris! La muerte vendría como castigo de coger el fruto de la ciencia del bien y del mal. *Stipendia peccati, mors* dice San Pablo: el precio del pecado es la muerte (ad Rom. 6,28). EXISTE UNA RELACION INTIMA entre la muerte y el pecado. El pecado lleva en sí una exigencia de muerte, y esta exigencia pasa al pecador. El pecador quiere matar; porque el espíritu del pecado es un espíritu de muerte; lleva en sí el estigma: *morte morieris*. Así se explican tantas guerras y crímenes en el mundo. El crimen es a la vez extraordinario y normal. Lo anormal en el mundo es la paz.

Creemos ver que esta exigencia mortal del pecado invade poco a poco al hombre pecador, y le lleva como por grados. primero a la desestimación de la vida de los demás, después al menosprecio y al crimen. Es experiencia común en la vida de los hombres y de las naciones, que la soberbia y la ambición, ven enemigos en todas partes, porque ya se han constituido antes que nada, en principios de enemistad.

El pecador, que posee el principio del mal radicado en su corazón, es enemigo de los demás, y enemigo del bien de los demás.

El mal, significa que lleva en el corazón, el camino de la aversión a Dios; alejamiento del Sumo Bien. Sigue implacable su camino de muerte. Odia a Dios, odia el bien, odia la vida. La náusea le penetra en un mundo sin luz, sin amor, sin cántico. No siempre llega el mal a estos extremos, pero siempre tenemos un grado de enemistad hacia el bien de otros, hacia el hermano.

Según el texto bíblico, Caín no es la personificación del mal. Caín no es un ateo; ya lo dijimos, él cree en Dios y le rinde culto. Caín es un pecador que transita por los caminos del mal. El pecado que le asigna el texto es no dar a Dios lo mejor de los frutos de la tierra, reservándose para sí.

Abel merece por sus sacrificios que le vinculan más y más a la Promesa; Caín en cambio desmerece por sus sacrificios que relajan sus vínculos con la Promesa. Como Abel queda en cierto modo confirmado en gracia, y en la amistad con Dios, Caín avanza el camino del Reino.

Como el pecado trae la muerte, así el amor lleva en sí mismo una exigencia de vida. El pecado fomenta la soberbia, y la soberbia aísla el yo en la soledad, y a una soledad donde es muerto todo lo que no es reductible al yo.

El amor en cambio, tiende a comunicarse y a darse. Tiende a sembrar vida y traer el bien sobre la tierra. Abel daba todo a Dios, y daría también todo a sus hermanos. En un último extremo, se daría también él mismo, por la salvación de la nascente humanidad. En el Evangelio (Mt. 23, 35), se menciona por el mismo Jesús, la sangre del justo Abel.

En el contexto APARECE DE NUEVO la voz del Señor para recriminar a Caín su crimen. Ya hemos anotado el problema que traen consigo estas palabras del Señor a un pecador como Caín. En el versículo 11 se reitera la maldición por el pecado.

“Maldito será de la tierra que abrió su boca para recibir de mano tuya la sangre de tu hermano”. Es reiteración de la maldición del Paraíso.

En este diálogo singular, Caín se queja de que van a perseguirlo y matarlo. Dios le asegura en cambio, que no lo matarán, y le pone una señal que no lo maten; y Caín alejándose de la presencia del Señor habitó la región del Nod al oriente del Eden (gén. IV, 13-16).

¿Qué significaba la maldición?; debemos pensar en una merma de los auxilios de la gracia; de las gracias actuales para perseverar en la fe, en el culto al verdadero Dios, en el bien moral individual y social. La maldición es lo opuesto a la bendición; si la bendición de Dios es la gracia en el hombre, la maldición es privación de los auxilios gratuitos para perseverar y caminar en el bien.

La sangre de Abel en cambio fructifica en la tierra. Eva tuvo a Set en lugar de Abel. La sangre de Abel florece en la generación de Set. El linaje de Set conserva el amor de Dios.

Por qué la descendencia de Set fue santa y tan opuesta a la de Caín? Eso puede significar quizás que la sangre de Abel promovió una cierta remisión del pecado, u obró como “remedium naturae”, en orden del linaje de Set. Lo que sabemos es que su descendencia vivió en el temor de Dios, hasta que vino la corrupción que precedió al diluvio.

Conclusiones

La formación del paraíso se explica por la elevación del hombre al orden sobrenatural. Resumiendo lo expuesto, tenemos los siguientes argumentos:

- 1º) Es la explicación de Santo Tomás, al sintetizar la doctrina de los Padres.
- 2º) El paraíso aparece en la Escritura, después que estuvieron formados el cielo y la tierra y todo su ornato.

Por este orden de prioridades: primero la creación, después el paraíso, se sugiere la distinción entre el orden de la providencia general, que dirige las creaturas en su existencia, y el orden de la predestinación o providencia especial, que termina con la elevación de las creaturas intelectuales al orden sobrenatural (ST. I. 23, 1).

- 3º) Toda la naturaleza creada recién salida de las manos de Dios sería magnífica y lujurante. Sin embargo el paraíso está señalado como lugar de ESPECIAL FELICIDAD para Adán y Eva.

Tal felicidad, distinta de la que podría tener en la naturaleza, es la felicidad sobrenatural.

Dice Santo Tomás: existe para el hombre una doble beatitud o felicidad. Una proporcionada a la naturaleza humana, a la cual el hombre puede llegar por los principios de su naturaleza. Otra felicidad, que excede la naturaleza humana, a la cual el hombre, solamente puede llegar por la virtud divina, según cierta participación de la Divinidad; como dice la 2a. Pedro (1, 4) "consortes de la divina naturaleza".

Por esto explica el santo la existencia de las virtudes teológicas en orden a la felicidad sobrenatural (ST I, 62, 1).

- 4º) Entre el Paraíso y el mundo, existe la misma relación que entre la Iglesia y el mundo. El hombre debe cultivar la vida sobrenatural en la Iglesia, como debió cultivarla Adán en el Paraíso.

- 59) Las aguas y los frutos. En la nueva ley el hombre es santificado por las aguas y los frutos de la tierra. Ejemplos: el pan, el vino, el aceite. A nadie puede extrañar que algo semejante hubiera para el estado de justicia original.
- 69) Eva busca en el árbol plantado en medio del paraíso, la sabiduría; el saber significa la contemplación, la visión. Lo mismo busca, o debe procurar el cristiano en el árbol de la Cruz.
- 79) Todo en el paraíso está refeído, no al hombre en su desnuda naturaleza humana, sino en cuanto evado al estado de justicia original, o sea en cuanto dotado de la gracia santificante, virtudes, dones que la acompañaban.
El hombre actual, en el estado de naturaleza caída y reparada, debe cultivar, no el paraíso, pero sí la gracia santificante, las virtudes, dones del Espíritu Santo, que por los méritos del Nuevo Adán, le harán acreedor de la gloria.
- 89) Siendo la gracia esencialmente gratuita y verdadero don de Dios, debemos pedirla por la oración frecuente el ejercicio de la presencia de Dios, la práctica de las virtudes cristianas. El cristiano tiene un arma para defenderse de la tentación, y de la osadía del tentador, que es la oración frecuente. Ella defiende en nuestras almas los valores de la fe, y el tesoro de la gracia de Dios.
“Es menester decir —agrega Santo Tomás— que la gracia está en la esencia del alma en cuanto le dá cierto ser espiritual y la hace por cierta asimilación partícipe de la naturaleza divina” (XXVII de Ver. 6).
Este ser espiritual perfectivo de su naturaleza humana, lo tenía Adán en el estado de justicia original, en el paraíso. Lo tiene también el hombre actual, en estado de gracia, por los méritos de la pasión y muerte de Jesucristo.
- 99) Después del paraíso aparece en el mundo algo que Dios no ha creado y es el misterio del mal. El mal no tiene entidad; los filósofos consignan que no es ni accidente ni sustancia; tratase de una privación; de la privación de algo debido (cf. Santo Tomás, De malo q. Ia, a al 3 m; de Divinis Nominibus, c. 10).

Este concepto del mal ya era familiar a los Santos Padres, y lo trae San Gregorio de Nisa (PG XLIV, co. 681).

El mal depende de los límites de la creatura, que debe recorrer su camino por el sende o trazado por la mano del Creador. Como creatura finita, puede evadirse de ese camino, y privarse del bien que la fidelidad le hubiera asegurado.

Siguiendo el camino del Señor, Adán y Eva hubieran llegado a la posesión, no sólo de la ciencia del bien, que ya poseían en gran parte, sino conocer, de modo especulativo y gozoso los abismos del mal. Sin entrar en el pecado, hubiera sido parte de su glorificación.

Cometido el pecado, la ciencia del mal es alimento de su alma; la elección de la muerte excluye la vida.

La elección de la muerte, fue la obra de la sugestión diabólica. El ángel caído por la perfección de su naturaleza, soberbio y audaz, se lanzó al abismo del mal. Escaló con su fuerza hasta donde pudo, sobre las estrellas del cielo, como dice la Escritura:

“Tú que decías en tu corazón, subiré a los cielos; en lo alto sobre las estrellas de Dios elevaré mi trono” (Is. XIV, 13).

Pero en esta soberbia ascensión, su poder fue quebrado por Miguel y sus ángeles, que libraron las batallas de Dios, en nombre de El-Shaddai, el Todopoderoso (Apoc. XII, 8).

Vencido en el empíreo, el diablo bajó a la tierra, “animado de gran furor, por cuanto sabe que le queda poco tiempo (Apoc. XII,12). Entonces surgen las bestias o reyes de la tierra, que se alzan bajo la potestad del demonio para hacer la guerra a los santos del Altísimo, como dice Daniel profeta (VII, 17).

La guerra del cielo ha pasado a la tierra. Caín parece vencer pero su triunfo es relativo; la generación de Set nace de la sangre de su hermano.

Hoy estamos a muchísimo tiempo después del paraíso. Sin embargo tenemos repetida la fisonomía espiritual del primer fratricida.

Hoy en día la técnica, el acomodo, han acabado con el coraje y el honor de los campos de batalla. La destrucción es anónima y de víctimas indefensas; el verbo en el silencio y sin coraje configuran el mundo de Caín, hasta que venga el reino de los santos.



www.traditio-op.org